

## Isaac Deutscher

Extracto del libro *Trotsky – El profeta armado*

### Capítulo IX: Trotsky en la Revolución de Octubre

Trotsky llegó a Petrogrado el 4 de mayo. La revolución tenía entonces diez semanas de edad, y durante esas semanas los acontecimientos se habían desarrollado con tal intensidad y rapidez que la ciudad presentaba un aspecto como de cosa soñada aun para el hombre que había mantenido vivo el recuerdo de sus calles y sus muchedumbres desde 1905.<sup>1</sup> La revolución había comenzado donde se había detenido en 1905; pero ya había dejado bien atrás su reciente punto de partida. El zar y sus ministros eran todavía prisioneros del Estado, pero para la mayoría de sus antiguos súbditos eran como fantasmas de un pasado remoto. Los esplendores, los terrores y los fetiches seculares de la monarquía parecían haber desaparecido con las nieves del último invierno.

Lenin, que había regresado exactamente un mes antes que Trotsky, describió la Rusia que encontró a su llegada como el país más libre del mundo.<sup>2</sup> Su libertad, ciertamente, era sólo de expresión; pero de ella se aprovechaba el pueblo al máximo, como si a través del debate apasionado esperara descubrir un nuevo modo de vida, puesto que el viejo había conducido al borde del abismo. Aquella tensa búsqueda de nuevos principios, nuevas formas y un nuevo contenido de la vida social, una búsqueda en la que la masa de los humillados y ofendidos participaban con impresionante dignidad, caracterizaba el clima moral de Petrogrado en aquella primavera de 1917. Ninguna autoridad y ninguna verdad se daba por sentada. Sólo prevalecía una vaga creencia de que lo bueno era lo que impulsaba a la revolución y ayudaba a corregir los males de que habían sido víctimas los oprimidos. El carácter social de los acontecimientos se reflejaba incluso en el aspecto de la ciudad. Las calles y plazas en el elegante sector del centro estaban constantemente llenas de habitantes de los arrabales de suburbanos. Muchedumbres de obreros y soldados asistían a las asambleas que tenían lugar día y noche en calles y plazas y en las fábricas y los cuarteles de las afueras. La bandera roja, que hasta poco antes había sido el estandarte prohibido de la rebelión, dominaba la arquitectura neoclásica de los edificios a la orilla del Neva. El predominio del obrero y el soldado en la revolución podía adivinarse en cualquier escena o incidente casual en la calle. El recién llegado sólo tenía que echarle una ojeada a la capital para advertir cuán incongruente era que el príncipe Lvov fuera aún el primer ministro de la revolución.

Trotsky no hizo más que depositar a su familia y sus escasas pertenencias en una pensión antes de dirigirse al Instituto Smolny, sede del Soviet de Petrogrado.<sup>3</sup> El Comité Ejecutivo de éste, sucesor del organismo cuyo espíritu rector había sido él en 1905, se hallaba en sesión. El hombre que ahora lo presidía era Chjeidze, su antiguo compañero al que recientemente había atacado en *Novy Mir*. Chjeidze se puso de pie para dar la bienvenida a Trotsky, pero ésta fue tibia.<sup>4</sup> A continuación se produjo una situación embarazosa. Los mencheviques y los social-revolucionarios, que estaban en mayoría, no sabían si el recién llegado era su amigo o su enemigo: de amigo de muchos años parecía haberse convertido en enemigo. Los miembros bolcheviques del Ejecutivo señalaron que el jefe del Soviet de 1905 debía ser invitado a ocupar un asiento en el Ejecutivo del Soviet actual. Los mencheviques y los social-revolucionarios se consultaron con cuchicheos cohibidos. Por fin convinieron en admitir a Trotsky

<sup>1</sup> Trotsky, *Mi vida*, tomo I, p. 487.

<sup>2</sup> Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXIV, p. 4.

<sup>3</sup> De aquí en adelante "el Soviet" (en singular) significa el Soviet de Petrogrado, excepto cuando se especifique lo contrario.

<sup>4</sup> L. Trotsky, *Mi vida*, loc. cit.; N. Sujánov, *Zapiski o Revolutsii*, vol. III, pp. 440-441.

como miembro adjunto, sin derecho a voto. El no deseaba más: lo que le interesaba no era el derecho de votar sino la oportunidad de hacerse oír desde la tribuna principal de la revolución.

Con todo, la fría recepción no podía dejar de molestarlo. Anguelina Balabánov, la secretaria del movimiento de Zimmerwald, escribió que Trotsky sospechó incluso que los dirigentes del Partido no habían actuado con suficiente energía para lograr su liberación del campo británico porque no estaban muy deseosos de verlo en el escenario. "Tanto los mencheviques como los bolcheviques lo veían con rencor y desconfianza... en parte por temor a la competencia..."<sup>5</sup> Sea cual fuere la verdad, el hecho era que entre febrero y mayo los alineamientos se habían definido; los partidos y los grupos habían formado sus filas y aclarado sus actitudes, y los dirigentes habían asumido sus papeles y ocupado sus posiciones. En 1905 Trotsky había sido el primero de los emigrados en regresar. Ahora era el último. Y no parecía haber ningún puesto vacante adecuado para un hombre de sus dotes y su ambición.

El momento era tal que todos los partidos, con excepción de los bolcheviques, tenían razones para temer a cualquier influencia nueva e incalculable. Por primera vez, el régimen que había nacido de la insurrección de febrero había perdido su inestable equilibrio; y ahora trataba de recobrarlo por medio de delicadas combinaciones y maniobras. El primer gobierno del príncipe Lvov había dejado de existir. En ese gobierno sólo habían estado representados los terratenientes y la alta clase media, los primeros por los conservadores que seguían a Guchkov y la segunda por los demócratas constitucionales de Miliukov. Los mencheviques y los social-revolucionarios, que dominaban el Soviet, le habían dado su apoyo al gobierno pero no habían participado en él. Con todo, el gobierno no habría podido existir un solo día sin el apoyo del Soviet, que era el poder *de facto* creado por la revolución. Ahora había llegado el momento en que los partidos socialistas moderados en el Soviet no podían seguir apoyando al gobierno sin participar en él.

Los partidos que habían formado el primer gobierno del príncipe Lvov se esforzaron por limitar la revolución al derrocamiento del zar Nicolás II y, de ser posible, salvar a la monarquía, continuar la guerra y restaurar la disciplina social y militar sin la cual era imposible proseguir aquélla.<sup>6</sup> Los obreros soldados que seguían a los Soviets tenían puestas sus esperanzas, por el contrario, en una "profundización" de la revolución y en una pronta "paz democrática sin anexiones ni indemnizaciones". Los socialistas moderados trataban de reconciliar las líneas políticas y las demandas en conflicto. Inevitablemente incurrieron en contradicciones flagrantes. Trataron de ayudar al gobierno a continuar la guerra y al mismo tiempo de satisfacer el anhelo de paz del pueblo. Les dijeron a sus seguidores que el gobierno había renunciado a los rapaces objetivos de guerra del zar – la dominación rusa de los Balcanes y la conquista de Galizia y Constantinopla – y buscaba la conclusión de una paz justa y democrática.<sup>7</sup> El príncipe Lvov trató de hacer funcionar el antiguo aparato administrativo heredado del zarismo, en tanto que los obreros y soldados consideraban a los Soviets como la verdadera administración. Los mencheviques y los social-revolucionarios abrigaban la esperanza de que el nuevo sistema de gobierno incorporaría tanto a la antigua administración como a los Soviets. El gobierno se esforzaba por restablecer la disciplina en el ejército hastiado de la guerra y en actitud revolucionaria, en el que los soldados se negaban a obedecer a sus oficiales y sólo escuchaban a los comités elegidos por ellos mismos. Los socialistas moderados se comprometieron a ayudar al gobierno a restaurar la disciplina, pero al mismo tiempo exhortaban a los soldados a defender sus derechos recién adquiridos, encarnados en la famosa Orden Número 1 del Soviet contra los generales y oficiales zaristas. El gobierno

<sup>5</sup> A. Balabánov, *My Life as a Rebel*, p. 176.

<sup>6</sup> P. Miliukov, *Istoria Russkoi Revolutsii*, vol. I, libro 1, pp. 54-76 et passim.

<sup>7</sup> "Miliukov... sostuvo que la adquisición de Constantinopla era una cuestión de importancia vital para Rusia", escribió Sir George Buchanan, el embajador británico en Rusia, en *My Mission to Russia*, vol. II, p. 108.

deseaba crear garantías para la propiedad rural, en tanto que el campesinado clamaba por un reparto de las heredades de la aristocracia terrateniente. Los mencheviques y los social-revolucionarios trataban de posponer la solución de este problema vital hasta que se convocara la Asamblea Constituyente, la cual a su vez fue pospuesta indefinidamente.<sup>8</sup>

Era inevitable que esta complicada estructura, erigida sobre el equívoco y el engaño, se desmoronara un día sobre las cabezas de sus constructores. La primera conmoción la sacudió en abril. Guchkov, incapaz de restablecer la disciplina militar, renunció al Ministerio de la Guerra. Poco después Miliukov tuvo que renunciar al Ministerio de Relaciones Exteriores. Este último había declarado en una nota a los aliados occidentales de Rusia que el nuevo gobierno mantendría fielmente los objetivos de guerra de su predecesor zarista. Esto provocó tal estallido de indignación popular que el primer gobierno del príncipe Lvov no pudo sostenerse.

La lógica inexorable de la revolución empezó a manifestarse. Al cabo de dos meses la revolución había desprestigiado y gastado a su primer gobierno y a los partidos que lo habían formado. No hacía mucho, en los últimos días del régimen zarista, Doumerge, el Presidente de la República Francesa, en ocasión de una visita oficial a Petrogrado, había instado a los dirigentes demócratas constitucionales a zanjar pacientemente sus diferencias con el zar. "Al escuchar la palabra 'paciencia', Miliukov y Maklakov se pusieron en pie de un salto: '¡Basta de paciencia! ¡Ya hemos agotado toda nuestra paciencia! De todos modos, si no obramos con prontitud las masas dejarán de escucharnos...'"<sup>9</sup> Esas palabras se convirtieron en uno de los estribillos favoritos de la revolución, y ahora rebotaban contra Miliukov. La mayoría socialista moderada del Soviet no tenía intenciones de deponer a Miliukov. Pero cuando éste comprometió abiertamente al gobierno y al país a mantener los objetivos de guerra zaristas, los mencheviques y los social-revolucionarios saltaron: "¡Basta de paciencia! ¡Ya hemos agotado toda nuestra paciencia! De todos modos, si no obramos con prontitud las masas dejarán de escucharnos". Las masas habrían dejado de escucharlos si ellos les hubiesen dejado toda la dirección del gobierno a los líderes de aquellas clases que habían usado a la Revolución de febrero, pero que no la habían hecho.

Así se formó la primera coalición entre los demócratas constitucionales y los socialistas moderados. Cuando Trotsky se presentó en la sesión del Ejecutivo del Soviet, los nuevos coaligados estaban en vías de repartirse los ministerios. Habría "diez ministerios capitalistas y seis socialistas". Los demócratas constitucionales mantenían la posición dominante, de suerte que el programa del nuevo gobierno era, en lo esencial, indistinguible del de su predecesor. Los seis ministerios socialistas sólo podían diluirlo y hacerlo más digerible para el Soviet. Kerensky, que estaba relacionado con el Partido Social-Revolucionario, sucedió a Guchkov como Ministro de la Guerra. Tsereteli, el jefe menchevique más eminente de aquel período, antiguo diputado y presidiario condenado a trabajos forzados, se convirtió en Ministro de Correos y Telégrafos. Chernov, jefe de los social-revolucionarios y participante en la conferencia de Zimmerwald, fue nombrado Ministro de Agricultura. Skóbelev, el antiguo discípulo y ayudante editorial de Trotsky, encabezó el Ministerio de Trabajo.

El 5 de mayo, un día después de la llegada de Trotsky, los ministros socialistas se presentaron ante el Soviet para pedirle que apoyara a la coalición. Cuando Trotsky hizo su aparición fue saludado con una ovación, y Skóbelev se dirigió a él llamándolo "querido y amado maestro". Algunos delegados le pidieron que expresara su opinión sobre el acontecimiento del día.

<sup>8</sup> Miliukov, op. cit., vol. I, libro 1, pp. 101-115, 125-138 et passim; L. Trotsky, *The History of the Russian Revolution*, vol. I, caps. XI-XIII. (De esta obra de Trotsky, como de muchas otras, no existe una traducción española digna de confianza; de ahí que citemos la edición inglesa usada por Deutscher. N. del T.)

<sup>9</sup> M. Paléologue, *La Russie des Tsars pendant la Grande Guerre*, vol. III, p. 188.

Trotsky "estaba visiblemente nervioso en aquella primera comparecencia, bajo la fija mirada de una masa desconocida y las ojeadas hostiles... de los 'social-traidores' ".<sup>10</sup> Procedió cautelosamente. Empezó exaltando la grandeza de la revolución, y describió en tal forma la impresión que ésta le había causado al mundo que, por implicación, redujo a modestas proporciones el acontecimiento de aquel día. Si los delegados, dijo, pudieran ver y medir, como lo había hecho él en el extranjero, el impacto de la revolución en el mundo, sabrían que Rusia "había inaugurado una nueva época, una época de sangre y hierro, una lucha que ya no era de nación contra nación, sino de las clases sufridas y oprimidas contra sus gobernantes".<sup>11</sup> Estas palabras estallaron en los oídos de los ministros socialistas, que se habían comprometido a continuar la guerra y a calmar los elementos desencadenados de la revolución. "No puedo ocultar", prosiguió Trotsky, "que disiento de mucho de lo que está sucediendo aquí. Considero que esta participación en el gobierno es peligrosa... El gobierno de coalición no nos salvará de la dualidad de poder existente; sólo trasladará esa dualidad al propio gobierno". Esto no era diferente de lo que decían los bolcheviques: éstos también hablaban de la división del poder entre los Soviets y el gobierno. Como si tratara de no herir a sus viejos amigos, Trotsky se expresó a continuación en un tono más conciliador: "La revolución no perecerá a causa de un gobierno de coalición. Pero debemos recordar tres mandamientos: desconfiar de la burguesía, supervisar a nuestros propios dirigentes y depender de nuestra propia fuerza revolucionaria..." Habló en plural de primera persona – "debemos", "nuestra fuerza" – como para identificarse, en esa forma, con sus antiguos camaradas. Pero en la sustancia de su discurso fue irreconciliable: "Creo que nuestro próximo paso será poner todo el poder en manos de los Soviets. Sólo un poder único puede salvar a Rusia". Esto también se asemejaba a la consigna de Lenin. Trotsky concluyó su largo y brillante razonamiento con la exclamación de: "¡ Viva la revolución rusa, prólogo de la revolución mundial!", y el auditorio quedó cautivado, si no por sus ideas, cuando menos por la sinceridad y la elocuencia con que las exponía.<sup>12</sup>

Uno tras otro los ministros pidieron la palabra para contestar. Chernov prometió que los socialistas harían sentir su influencia en el gobierno, pero para ello necesitaban el apoyo sin reservas del Soviet. Tsereteli se refirió a los peligros a que quedarían expuestos los Soviets si se negaban a compartir el poder con la burguesía. Skóbelev le advirtió a su "amado maestro" que en medio de una revolución "la razón fría era tan necesaria como un corazón ardiente". El Soviet le dio un voto de confianza al nuevo gobierno. Sólo la minoría de extrema izquierda votó en contra.

El grupo político que acogió a Trotsky como su jefe natural fue la Organización Interdistrital, la *Mezhrayonka*, como se la llamaba brevemente. El había sido el inspirador de este grupo desde el extranjero a partir del momento de su creación en 1913, y había colaborado en sus publicaciones. El grupo no aspiraba a formar un partido. Era una asociación provisional de ni-bolcheviques-ni-mencheviques, que persistían en la oposición a la guerra, al príncipe Lvov y a los "social-patriotas". Su influencia se limitaba solamente a unos cuantos distritos obreros de Petrogrado, y aun en ellos fue ahogada por el rápido ascenso del bolchevismo. A este pequeño grupo pertenecían, sin embargo, hombres que en el pasado habían sido mencheviques o bolcheviques eminentes y que andando el tiempo volverían a escalar posiciones elevadas. La mayoría de ellos, Lunacharsky, Riazánov, Manuilsky, Pokrovsky, Yoffe, Uritsky y Volodarsky, habían escrito para los periódicos de Trotsky. Otros cuantos, como Karaján y Yuréniev, se convirtieron más tarde en diplomáticos soviéticos de fama. Juntos formaban una brillante *élite* política, pero su organización era demasiado débil y estrecha para poder servir de base a una acción independiente. Cuando Trotsky llegó, el grupo discutía su futuro y contemplaba la

<sup>10</sup> N. Sujánov, op. cit., vol. III, pp. 440-442.

<sup>11</sup> L. Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 1, pp. 45-46.

<sup>12</sup> Sujánov, loc. cit.

posibilidad de una fusión con los bolcheviques y otros grupos de izquierda. En las asambleas públicas se les preguntaba a sus agitadores en qué diferían de los bolcheviques y por qué no hacían causa común con ellos. Y esa pregunta, en verdad, no podían contestarla satisfactoriamente. Su separación de los bolcheviques había sido resultado de una larga y complicada disputa en el viejo partido; reflejaba diferencias pasadas y no presentes.<sup>13</sup>

El 7 de mayo los bolcheviques y la Organización Interdistrital prepararon una bienvenida especial a Trotsky; y el 10 de mayo se reunieron para considerar la fusión propuesta. Lenin llegó, acompañado por Zinóviev y Kámenev, y allí Trotsky lo vio por primera vez desde su poco amistoso encuentro en Zimmerwald. Sobre esta reunión sólo disponemos de unas notas privadas de Lenin, fragmentarias pero muy informativas. Trotsky repitió lo que había dicho en la recepción en su honor: que había depuesto su vieja actitud y no favorecía ya la unidad entre los bolcheviques y los mencheviques. Sólo quienes habían roto completamente con el social-patriotismo debían unirse ahora bajo la bandera de una nueva Internacional. Entonces, aparentemente, preguntó si Lenin aún sostenía que la revolución rusa tenía un carácter meramente burgués y que su resultado sería "una dictadura democrática del proletariado y el campesinado", no una dictadura proletaria.<sup>14</sup> Parece ser que no estaba bien enterado de la radical reorientación que Lenin acababa de imprimirle al partido bolchevique. Lenin había pasado el mes anterior a la llegada de Trotsky en una intensa controversia con el ala derecha de su partido, encabezada por Kámenev, y había persuadido al partido a que abandonara la "vieja concepción" bolchevique sobre las perspectivas de la revolución. Es de suponerse que esto se le explicó a Trotsky inmediatamente. Si no fue otra persona, debe de haber sido su cuñado Kámenev quien le dejó saber que los adversarios bolcheviques de Lenin, el propio Kámenev entre ellos, le habían reprochado a éste haberse apropiado de cabo a rabo la teoría de la "revolución permanente" y haber abandonado el bolchevismo por el trotskismo.

En rigor de verdad, las sendas de Lenin y Trotsky, divergentes durante tanto tiempo, conflúan ahora. Cada uno de ellos había llegado a ciertas conclusiones que el otro había formulado mucho antes y que el uno había impugnado larga y enconadamente. Pero ninguno de los dos había adoptado conscientemente el punto de vista del otro. Desde diferentes puntos de partida y a través de diferentes procesos sus mentes habían avanzado hacia su confluencia actual. Ya hemos visto cómo los acontecimientos de la guerra llevaron gradualmente a Trotsky a sostener la opinión de que la escisión en el movimiento obrero era irremediable y que los internacionalistas revolucionarios tenían el deber de fundar nuevos partidos. Mucho antes de la guerra, Lenin había llegado a la misma conclusión, pero sólo en lo tocante al partido ruso. La guerra lo había inducido a generalizar la conclusión y a aplicarla al movimiento obrero internacional. En los razonamientos y las reacciones instintivas de Lenin, el factor primordial era su experiencia rusa, aunque ésta por sí sola no determinaba su actitud. Trotsky por el contrario, había procedido de la generalización internacional a la aplicación del principio a Rusia. Cualesquiera que fueran los procesos por medio de los cuales llegaron a la conclusión común, las implicaciones prácticas eran las mismas.

Una diferencia similar en el enfoque y una identidad también similar en la conclusión pueden advertirse en sus respectivas valoraciones de las perspectivas. En 1905-6 Trotsky había previsto la combinación de las revoluciones antifeudal y anticapitalista en Rusia y había descrito el levantamiento ruso como un prelude de la revolución socialista internacional. Lenin se había negado entonces a ver en Rusia a la precursora del socialismo colectivista. Dedujo el carácter y las perspectivas de la revolución de la etapa histórica de desarrollo de

<sup>13</sup> Sujánov, op. cit., vol. IV, p. 365; Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 1, p. 47; véase también el informe de Yuréniev en *6 Syezd RSDRP*.

<sup>14</sup> *Léninskii Sbórník*, vol. IV, pp. 300-303.

Rusia y de su estructura social, en la que el campesinado individualista era el elemento mayoritario. Durante la guerra, sin embargo, llegó a contar con la revolución socialista en los países europeos avanzados y a colocar a la Revolución Rusa en su perspectiva internacional. Lo que ahora le parecía decisivo no era que Rusia no estuviera madura para el socialismo, sino que ella era parte de Europa, la que a su juicio sí estaba madura para el socialismo. En consecuencia, no veía ya ninguna razón para que la Revolución Rusa se limitara a sus llamados objetivos burgueses. La experiencia del régimen de febrero le demostraba además que sería imposible quebrantar el poder de los terratenientes sin quebrantar y a la larga expropiar a la clase capitalista también, y esto significaba la "dictadura proletaria".<sup>15</sup>

Aunque las antiguas diferencias entre Lenin y Trotsky se habían desvanecido, la posición de los dos hombres era muy diferente. Lenin era el jefe reconocido de un gran partido, que, aunque constituía una minoría en los Soviets, se había convertido ya en el núcleo aglutinador de toda la oposición proletaria al régimen de febrero. Trotsky y sus amigos eran una pléyade de brillantes generales sin un ejército. Como individuo, Trotsky podía hacer oír su voz desde las tribunas de la revolución; pero sólo un partido de masas y bien disciplinado podía transformar ahora las palabras en hechos perdurables. Cada bando necesitaba al otro, aunque en diferente grado. Nada le convenía más a Lenin que poder introducir la pléyade de talentosos propagandistas, agitadores, tácticos y oradores, encabezados por Trotsky, en el "estado mayor" de su partido. Pero se sentía orgulloso del partido que él había forjado y consciente de las ventajas que éste tenía. Estaba resuelto a que Trotsky y los amigos de éste ingresaran en su partido. Dentro de él, estaba dispuesto a concederles todos los derechos democráticos, a compartir con ellos su influencia y, como lo demuestra la historia posterior, a permitir que lo derrotaran con una mayoría de votos en ocasiones importantes. Pero no estaba dispuesto a desechar su partido y fundirlo con grupos menores en un nuevo organismo. Para hacer tal cosa habría tenido que incurrir en la simulación o pagarle un tributo innecesario a la vanidad de otros.

En la reunión del 10 de mayo les pidió a Trotsky y a sus amigos que ingresaran inmediatamente en el partido bolchevique. Les ofreció posiciones en los organismos de dirección y en el cuerpo de redacción de *Pravda*.<sup>16</sup> No les puso ninguna condición. No le pidió a Trotsky que renunciara a nada de su pasado; ni siquiera hizo mención a las controversias pasadas. El mismo las había expulsado de su mente y esperaba que Trotsky hiciera lo mismo: tanto así deseaba darse la mano con todos los que pudieran contribuir a la causa común. En aquel entonces abrigaba incluso la esperanza de una reconciliación con Márto, que se había separado de los mencheviques, había permanecido fiel al programa de Zimmerwald y se oponía al gobierno de coalición.<sup>17</sup>

Trotsky hubiera tenido que ser mucho menos orgulloso de lo que era para aceptar inmediatamente las proposiciones de Lenin. También tenía que considerar las objeciones planteadas por algunos de sus compañeros que hablaban sobre la falta de democracia en el partido de Lenin y de las "prácticas sectarias" de los comités y los conciliábulos bolcheviques. Trotsky, que durante tanto tiempo había criticado al partido de Lenin en los mismos términos, veía ahora pocas razones para esas aprensiones. En su respuesta a Lenin se refirió al reciente cambio en el partido bolchevique, que, según él, "había adquirido una perspectiva internacionalista" y se

<sup>15</sup> Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXIV, pp. 214-216, 274-275, 276-279, et passim.

<sup>16</sup> Aun antes, Lenin había propuesto al Comité Central bolchevique que se invitara a Trotsky a dirigir el diario popular del Partido, pero la proposición fue rechazada por el Comité. *Krásnaya Létopis*, núm. 3, 1923.

<sup>17</sup> Lunacharsky (*Revolutsiónnie Siluety*, p. 69) escribe: "En mayo y junio de 1917 Lenin deseaba una alianza con Márto". El propio Lunacharsky abrigó la esperanza, aun mucho después, de que Márto pudiera convertirse todavía en el jefe de un ala derecha dentro del partido bolchevique, y expresó esa esperanza en su libro, publicado en 1923. *Ibid.*, p. 70.

había "desbolchevizado". Políticamente, por lo tanto, estaba de completo acuerdo con Lenin, y también aceptaba la mayor parte de las proposiciones técnicas de Lenin para la cooperación inmediata. Pero, precisamente porque el partido bolchevique había cambiado de manera tan notable y con tanto provecho, a él y a sus amigos no debía pedírseles que se llamaran bolcheviques. "No puedo describirme como un bolchevique. Es indeseable aferrarse a las viejas etiquetas".<sup>18</sup> La unión debería efectuarse en un nuevo partido, con un nuevo nombre, en un congreso conjunto de sus organizaciones. Trotsky debe de haber estado consciente de que en tal congreso, los bolcheviques de todos modos habrían tenido una preponderancia absoluta, de modo que toda la diferencia se reducía a la "etiqueta". La cuestión era demasiado insignificante para justificar el aferramiento de Trotsky y sus compañeros a su aislamiento político; pero por el momento el asunto de la unificación quedó pospuesto.

Cuando por aquellos días alguien le preguntó a Lenin qué era lo que los mantenía a él y a Trotsky separados a pesar de su completo acuerdo, aquél respondió: "Pero, ¿no lo sabe usted? La ambición, la ambición, la ambición".<sup>19</sup> Para Trotsky, declararse bolchevique equivalía a una rendición tácita, no ante el Lenin del presente, sino ante el Lenin del pasado; y la idea de una rendición le repugnaba. Con todo, la rendición era en parte inevitable, pues el principal arquitecto de lo que resultó ser el partido de la revolución había sido el Lenin del pasado, el emigrado. Por otra parte, el programa actual del partido encarnaba lo que había sido el punto de vista de Trotsky más bien que el de Lenin. Y esto no se lo reconocía nadie a Trotsky. Pese a todo lo que ello pudo haber lastimado a Trotsky, es casi seguro que Lenin no pensaba en el asunto; y aun cuando hubiese estado dispuesto a expresar el reconocimiento, no habría podido hacerlo en ninguna forma. Un partido revolucionario, en medio de una revolución, no tiene tiempo para ser puntilloso en cuanto a la paternidad de las ideas políticas. Más tarde aquel mismo año, Lenin no le regateó su homenaje a Trotsky cuando dijo que desde que éste había roto con los mencheviques no había habido mejor bolchevique que él.<sup>20</sup> Trotsky, por su parte, tenía demasiado sentido político para no ver que sería risible insistir en aquel momento en su superior capacidad de predicción. Para él también la política práctica de la revolución era infinitamente más importante que los viejos pronósticos teóricos. Su vacilación no era más que el último aleteo de su oposición a Lenin.

Por el momento siguió siendo un francotirador político. En su búsqueda de contactos visitó la redacción de *Nóvaya Zhizn* (*Nueva Vida*) de Gorki. El y Gorki se habían conocido y admirado durante mucho tiempo. Sus diferencias de edad, temperamento y modo de pensar eran tales que hacían imposible una amistad íntima, pero no les habían impedido colaborar ocasionalmente, sobre todo cuando Gorki se alejó de Lenin. Ahora Gorki ocupaba una posición intermedia entre los bolcheviques y los mencheviques, y en su gran diario los reconvenía a ambos y a ambos les predicaba moral revolucionaria. Abrigó la esperanza de poder atraerse a Trotsky creyendo que éste, al igual que él, trataría de conciliar a los adversarios dentro del campo socialista. Los primeros pronunciamientos de Trotsky en Petrogrado le habían causado aprensión, y los colaboradores de su periódico cuchicheaban que "Trotsky era peor aún que Lenin". Ello no obstante, Gorki organizó una reunión de su cuerpo de redacción con Trotsky. De inmediato se hizo claro que sus propósitos estaban en contradicción. Por otra parte, la influencia de Gorki era estrictamente literaria. Su diario, pese a todos sus méritos periódicos, no tenía vínculos firmes con las corrientes de opinión y con las organizaciones que contaban en la revolución. En política marxista, el gran novelista era infantilmente ingenuo. Sin embargo, con la falta de modestia característica de un hombre famoso por esfuerzo propio, adoptaba la postura de oráculo político. Nada habría sido más incongruente que la

<sup>18</sup> *Léninskii Sbórník*, vol. IV, loc. cit.

<sup>19</sup> Balabánov, op. cit., pp. 175-176.

<sup>20</sup> Trotsky, *The Stalin School of Falsification*, p. 105.

asociación de Trotsky con Gorki, no digamos ya la aceptación de éste por aquél como orientador político. Trotsky buscaba una firme estructura de organización, un sólido asidero en las realidades de la revolución, y eso no podía ofrecérselo Gorki. Su intercambio de opiniones fue más bien agrio, y Trotsky le puso fin diciendo que no le quedaba otra salida que hacer causa común con Lenin.<sup>21</sup>

Entretanto fundó *Vperiod (Adelante)*, el periódico de la Organización Interdistrital. *Vperiod*, aunque contaba con muchos colaboradores brillantes, no tuvo éxito. En aquel momento sólo alcanzaban gran circulación los periódicos que disponían de un poderoso apoyo económico o de los servicios desinteresados de una organización ampliamente ramificada. *Vperiod* no contaba con ninguna de las dos cosas. Comenzó como semanario, pero salía de las prensas con poca regularidad, y en total se publicaron sólo dieciséis números antes de que la Organización Interdistrital ingresara en el partido bolchevique.

Fue a través de la palabra hablada, más que de la escrita, como Trotsky hizo sentir su influencia en la vida política de la capital. Habló, por lo general en compañía de Lunacharsky, en innumerables asambleas. Al cabo de sólo dos o tres semanas después de su llegada, tanto él como Lunacharsky habían ganado una enorme popularidad como los agitadores más elocuentes de la izquierda soviética.<sup>22</sup> La base naval de Kronstadt, situada a las afueras de la capital, fue su campo de acción favorito, y Kronstadt resultó ser sumamente importante en su posterior destino político. La Marina se hallaba en un estado de completa rebelión. La base formaba una especie de república roja que no acataba a ninguna autoridad. Los marinos resistían violentamente los intentos del gobierno por volver a imponerle la disciplina. El ministerio nombró comisarios, algunos de los cuales se desprestigiaron a causa de su relación con el antiguo régimen e incluso con las pandillas de las Centurias Negras. Los marinos se negaron a admitirlos en los barcos y golpearon a varios de ellos. Trotsky exhortaba a los marinos a no perder la cabeza y a abstenerse de ejercer la venganza, pero también hacía todo lo posible por atizar su ardor revolucionario.

A fines de mayo los ministros socialistas acusaron a los marinos ante el Soviet, y Trotsky salió en defensa de los acusados. No justificó sus excesos, pero sostuvo que éstos podrían haberse evitado si el gobierno no hubiese nombrado comisarios a hombres desprestigiados y odiados. "Nuestros ministros socialistas", exclamó, "se niegan a luchar contra el peligro de las Centurias Negras. En lugar de ello, le declaran la guerra a los marinos y soldados de Kronstadt. Pero si la reacción levantara cabeza y un general contrarrevolucionario tratara de poner una cuerda alrededor del cuello de la revolución, vuestros comisarios de las Centurias Negras enjabonarían la cuerda para todos nosotros, en tanto que los marinos de Kronstadt acudirían a luchar y a morir con nosotros".<sup>23</sup> Esta frase fue muy citada posteriormente, cuando los marinos de Kronstadt defendieron en realidad al gobierno de Kerensky contra el motín del general Kornílov. Trotsky también redactó para los marinos un vibrante manifiesto con el que éstos apelaron ante el país contra el Ministerio de la Guerra (éste fue el primer revés de Kerensky desde que fue nombrado Ministro de la Guerra). A partir de ese momento los marinos siguieron fielmente a Trotsky, lo protegieron y casi lo idolatraron, y lo obedecieron en todas las ocasiones en que los llamó a la acción o los exhortó a dominar sus ánimos caldeados.<sup>24</sup>

También por aquellos días estableció su tribuna en el Circo Moderno, donde casi todas las noches se dirigía a enormes multitudes. El anfiteatro se atestaba de tal manera que Trotsky generalmente era transportado sobre las cabezas del auditorio hasta la tribuna, y desde lo alto

<sup>21</sup> Sujánov. op. cit., vol. IV, p. 191; Trotsky, *History of the Russian Revolution*, vol. I, pp. 486-487.

<sup>22</sup> Sujánov, op. cit., vol. IV, pp. 164-167.

<sup>23</sup> Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 1, pp. 52 sigs.

<sup>24</sup> F. F. Raskólnikov, *Kronstadt i Píter v 1917 godú*, p. 77.

de ésta podía ver los ojos excitados de las dos hijas de su primer matrimonio, que asistían a las asambleas. Hablaba sobre las cuestiones del momento y los objetivos de la revolución con su acostumbrada lógica penetrante, pero también absorbía el espíritu de la multitud, su severo sentido de justicia, su deseo de ver las cosas en sus contornos marcados y claros, su tensión y sus grandes esperanzas. Posteriormente recordó cómo ante la sola presencia de la muchedumbre, las palabras y argumentos que había preparado de antemano retrocedían y se dispersaban en su mente, y otras palabras y argumentos, inesperados para él mismo pero que satisfacían una necesidad de sus oyentes, acudían a sus labios como si provinieran de su subconsciente. A continuación escuchaba su propia voz como si fuera la de un extraño, tratando de no quedar a la zaga del impetuoso torrente de sus propias ideas y frases para evitar el peligro de que, como los sonámbulos, pudiera despertar súbitamente y sufrir un colapso. Aquí sus concepciones políticas dejaban de ser la destilación de la reflexión individual o de los debates en pequeños círculos de políticos profesionales. Se fundía emocionalmente con la cálida y oscura masa humana que tenía por delante, y se convertía en su vehículo de expresión. Llegó a identificarse en tal forma con el Circo Moderno que, cuando regresaba al Palacio de Táurida o al Instituto Smolny, donde el Soviet celebraba sus sesiones, y atacaba a sus adversarios o discutía con ellos, éstos le gritaban: "¡Eh, que aquí no está usted en el Circo Moderno!" o "¡En el Circo Moderno no habla usted así!"<sup>25</sup>

A comienzos de julio se reunió en Petrogrado el primer Congreso de los Soviets de Toda Rusia, cuyas sesiones duraron tres semanas. Por primera vez los partidos y sus dirigentes se enfrentaron en un foro nacional, el único órgano nacional electivo que entonces existía en Rusia. Los socialistas moderados contaban con cinco sextas partes de los votos aproximadamente. Sus jefes eran intelectuales civiles, pero en sus filas abundaban los uniformes militares y las *rubajas* campesinas. En la extrema izquierda, entre los 120 miembros de la oposición, predominaban los obreros de los grandes centros industriales. El Congreso reflejaba una división entre los elementos militares y rurales de las provincias y los elementos proletarios de las ciudades. Pocos días antes, unas elecciones municipales en Petrogrado habían revelado un desplazamiento significativo. Los demócratas constitucionales, o "cadetes", dominantes en el gobierno, sufrieron una derrota aplastante en sus distritos más "seguros". Los mencheviques obtuvieron la mitad de los votos. Los barrios obreros votaron sólidamente por los bolcheviques. Los mencheviques se presentaron en el Congreso como los esperanzados vencedores del día. Los bolcheviques trajeron consigo una nueva confianza en su futura victoria.<sup>26</sup>

Los portavoces de la oposición de izquierda esgrimieron contra la mayoría el propio triunfo de ésta. El príncipe Lvov y los "cadetes", dijeron, tenían un apoyo popular insignificante. Los socialistas moderados representaban a la abrumadora mayoría de la nación. ¿Por qué entonces se contentaban con los papeles de mandaderos ministeriales de los "cadetes"? ¿Por qué no constituían su propio gobierno, tal como estaban democráticamente autorizados y moralmente obligados a hacerlo. Este fue el tenor del discurso de Lenin,<sup>27</sup> y también el tema principal del de Trotsky.<sup>28</sup> Aun cuando su argumentación era en algunas partes más tajante que la de Lenin, Trotsky se dirigió a la mayoría en un tono más amistoso, invocando intereses y destinos comunes. Trató de que los mencheviques y los social-revolucionarios cobraran conciencia de su situación humillante y de persuadirlos a que rompieran su alianza con los partidos burgueses. No tenía sentido, dijo, tratar de convertir al gobierno en una cámara de

<sup>25</sup> Trotsky, *Mi vida*, tomo I, p. 501; John Reed, *Diez días que conmovieron al mundo*, Editorial Grijalbo, México, D. F., 1962, pp. 37-38.

<sup>26</sup> Sujánov, op. cit., vol. IV, pp. 204-205.

<sup>27</sup> Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXV, pp. 3-14.

<sup>28</sup> *Pervyi Vseros. Syezd Sovietov*, vol. I, pp. 142-149. El resumen del discurso de Trotsky se basa en esta fuente. En ediciones posteriores las alusiones amistosas a los mencheviques fueron revisadas.

conciliación de las clases sociales. "Una cámara de conciliación no puede ejercer el poder en una época revolucionaria". El príncipe Lvov y los suyos representaban clases acostumbradas a gobernar y dominar; y los ministros socialistas, con su complejo de inferioridad, se dejaban intimidar con excesiva facilidad. Hizo, sin embargo, unas cuantas referencias amistosas a Peshejónov, el menos conocido de los ministros socialistas, que le valieron los aplausos de las bancas de la mayoría. Y argumentó en el sentido de que un gobierno formado sólo por tales Peshejónovs sería "un considerable paso adelante". "Comprendan, camaradas, que en este asunto no veo las cosas desde el punto de vista de ninguna facción o partido, sino desde una perspectiva más amplia..." Convino con los ministros socialistas en que las clases trabajadoras debían ser disciplinadas, pero no por un ministerio capitalista y en beneficio de la política capitalista. Este era el origen de toda la agitación en la extrema izquierda, de la cual se quejaba la mayoría.

"Los llamados agitadores de izquierda", sostuvo, "preparan el futuro de la revolución rusa. Me atrevo a decir que nosotros, con nuestra actividad, no socavamos la autoridad de ustedes, sino que somos un elemento indispensable para la preparación del futuro". "Camaradas, no espero convencerlos a ustedes el día de hoy, pues ésa sería una esperanza demasiado temeraria. Lo que desearía lograr el día de hoy es hacerles ver que si estamos en oposición a ustedes, no es por motivos hostiles... de una facción egoísta, sino porque, junto con ustedes, sufrimos todos los dolores y las agonías de la revolución. Vemos soluciones diferentes de las que ven ustedes, y estamos firmemente convencidos de que, si bien ustedes consolidan el presente de la revolución, nosotros preparamos su futuro para ustedes".<sup>29</sup> A estas alturas, Lenin ya no les concedía a sus adversarios el crédito que Trotsky todavía les daba, aunque convenía con Trotsky en que un "gobierno formado por doce Peshejónovs" representaría un avance respecto a la coalición actual.

Estos debates se vieron exacerbados por el "incidente Grimm". Grimm era un parlamentario suizo, socialista y pacifista, que había participado en la conferencia de Zimmerwald. Allí había mantenido una posición "centrista" y había disentido de las tácticas revolucionarias de Lenin. Posteriormente ayudó a preparar el viaje de Lenin a Rusia, a través de Alemania. En mayo, Grimm llevó a los dirigentes de los partidos gobernantes en Petrogrado un mensaje del gobierno alemán en el que éste sondeaba a Rusia acerca de las posibilidades de paz. El gobierno ruso expulsó a Grimm como agente alemán, aunque sin revelar las razones que tenía para tomar esa medida.

Grimm no era, en rigor, un agente alemán. Como pacifista un tanto ingenuo, le parecía muy natural ser portador de un sondeo de paz. Poco versado en las complicaciones de la política revolucionaria rusa, no podía comprender por qué los socialistas rusos – ya fueran aquellos que, como los bolcheviques y Trotsky, clamaban por la paz, o aquellos que, como los mencheviques, prometían constantemente una paz a corto plazo – se oponían a su acción.<sup>30</sup> Lenin y Trotsky no estaban enterados de la actividad de Grimm. El hecho, sin embargo, de que el gobierno hubiera denunciado a Grimm como agente alemán fue utilizado de inmediato para desacreditar a los participantes rusos en el movimiento de Zimmerwald. Miliukov pronunció un discurso en el que, según los informes disponibles, acusó a Lenin y Trotsky de ser también agentes alemanes. Trotsky salió en defensa de Grimm en el Congreso. Manifestó que, en su opinión, el gobierno no había actuado correctamente al expulsar a Grimm, y vio en el incidente una siniestra intriga de Miliukov. Refiriéndose a las acusaciones de Miliukov contra él y Lenin, dijo, volviéndose hacia la mesa de los periodistas: "Desde esta tribuna de la democracia revolucionaria, me dirijo a la prensa honrada de Rusia con el ruego de que recojan

<sup>29</sup> *Pervyi Vseros. Syezd Sovietov*, vol. I, p. 149.

<sup>30</sup> Balabánov, op. cit., p. 178.

estas palabras mías: ¡ Mientras Miliukov no retire esa acusación, sobre su frente quedará impreso el estigma de un vil calumniador!”<sup>31</sup>

”Las palabras de Trotsky”, informó el periódico de Gorki, ”dichas con gran energía y dignidad, provocaron una ovación clamorosa en toda la sala. El congreso entero, sin distinción de partidos, le aplaudió ruidosamente durante varios minutos.”<sup>32</sup> Al día siguiente Miliukov declaró que él no había descrito a Lenin ni a Trotsky como agentes alemanes; sólo había dicho que el gobierno debería encarcelarlos por su actitud subversiva.<sup>33</sup>

Esta fue la última ocasión en que el Congreso aclamó a Trotsky en forma tan unánime. A medida que los debates prosiguieron, el abismo que separaba a los partidos se hizo permanente. Los ánimos se exaltaron durante una controversia acerca de la última Duma. Esa Duma había sido elegida en 1912 sobre la base de un sufragio muy limitado; había funcionado como la asamblea consultiva del zar, no como un verdadero parlamento; y en su gran mayoría había estado formada por incondicionales del zar. Los ”cadetes” abogaban por el restablecimiento de la Duma, que ellos esperaban utilizar como una base cuasi-parlamentaria para su gobierno. Los mencheviques y los social-revolucionarios presentaron ante el Congreso una resolución acuñada en términos vagos que MártoV parafraseó ingeniosamente de la siguiente manera: ”La Duma ya no existe, pero por la presente os dejamos saber nuestra oposición a cualquier intento de poner fin a su existencia”.<sup>34</sup> Lunacharsky presentó una moción en el sentido de que la Duma fuera sepultada como una reliquia de un pasado vergonzoso. Trotsky lo secundó con un discurso virulento. Cuando en una de las siguientes sesiones volvió a tomar la palabra y se dirigió a los delegados llamándolos, como de costumbre, ”Camaradas”, fue interrumpido por una gritería: ”¿Qué clase de camaradas somos usted y nosotros?” y ”¡Deje ya de llamarnos camaradas!”. Trotsky guardó silencio y se acercó más a los bolcheviques.<sup>35</sup>

El problema principal que ocupaba la atención del Congreso era la situación del ejército. Desde el derrocamiento del zarismo los frentes habían estado inactivos. Presionado por los aliados occidentales, el gobierno y el Estado Mayor preparaban una nueva ofensiva para la cual deseaban obtener la aprobación de los Soviets. El Estado Mayor presionaba también para obtener una revisión de la famosa Orden Número 1, la Carta Magna de la libertad de los soldados. En este debate Trotsky pronunció su discurso principal, en el que advirtió al gobierno que después de las pérdidas tremendas que el ejército había sufrido y después del desbarajuste de sus servicios de aprovisionamiento a causa de la ineficiencia, la especulación y la corrupción, el ejército era incapaz de continuar combatiendo.

La ofensiva terminaría en un desastre y el intento de restablecer la antigua disciplina no conduciría a ninguna parte. ”Afortunadamente para toda la historia de Rusia, nuestro ejército revolucionario ha descartado la vieja concepción del ejército ruso, la concepción de la langosta... cuando centenares de miles de hombres solían morir pasivamente... sin conocer siquiera la finalidad de su sacrificio... ¡ Maldigamos el período histórico que hemos dejado atrás! Lo que ahora estimamos no es el heroísmo elemental e inconsciente de la masa, sino un heroísmo que se refleje a través de cada toma de conciencia individual”.<sup>36</sup> En el momento actual el ejército no tenía ninguna idea por la cual luchar. ”Repito que en este mismo ejército, tal como ha surgido de la revolución... existe y existirán ideas, consignas, propósitos capaces de movilizarlo y de impartirle a este ejército nuestra unidad y entusiasmo... El ejército de la gran Revolución Francesa respondió conscientemente a los llamamientos a una ofensiva.

<sup>31</sup> *Pervyi Vseros. Syezd Sovietov*, p. 158.

<sup>32</sup> *Nóvaya Zhízn*, 6 de junio de 1917.

<sup>33</sup> *Rech*, 7 de junio de 1917.

<sup>34</sup> *Pervyi Vseros. Syezd Sovietov*, pp. 295-298.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 352.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 353.

¿Cuál es el meollo del problema? Es éste: en la actualidad no existe ningún propósito semejante que pueda movilizar al ejército... Todo soldado capaz de pensar se pregunta: por cada cinco gotas de sangre que yo derrame hoy, ¿no estaré derramando una gota por la revolución rusa y cuatro por la Bolsa francesa y el imperialismo inglés?"<sup>37</sup> Sólo si Rusia se desligaba de los alineamientos imperialistas, sólo si el poder de las viejas clases gobernantes era destruido y los Soviets establecían un nuevo gobierno, "podremos dirigirnos a todos los pueblos de Europa y decirles que un baluarte de la revolución se ha alzado ahora en el mapa de Europa".<sup>38</sup>

A continuación reanudó su diálogo siempre reiterado con los escépticos que no creían que "la revolución se propagaría y que el ejército revolucionario ruso y la democracia rusa encontrarían aliados en Europa": "Mi respuesta es que la historia no nos ha dado ninguna garantía a nosotros, a la revolución rusa, de que no seremos aplastados, de que nuestra voluntad revolucionaria no será estrangulada por una coalición del capital mundial, de que el imperialismo mundial no nos crucificará". La Revolución Rusa representaba un peligro tan grande para las clases propietarias de todos los países, que ellas tratarían de destruirla y de transformar a Rusia en una colonia del capital europeo o, lo que era más probable, del capital norteamericano. Pero esta prueba de fuerza pertenecía aún al futuro, y los Soviets estaban obligados a prepararse para ella. "Si... la Alemania (revolucionaria) no se alza, o si se alza demasiado débilmente, entonces moveremos nuestros regimientos... no para defendernos, sino para emprender una ofensiva revolucionaria". En este punto la vigorosa alocución fue interrumpida por una voz anónima de entre los delegados: "¡Entonces será demasiado tarde!" Antes de que terminara el año, la voz anónima demostró tener la razón. Pero en el Trotsky que se dirigía al Congreso pueden discernirse claramente los rasgos del hombre que no sólo se enfrentaría, sin ninguna fuerza armada a sus espaldas, a la diplomacia de los Hohenzollern y los Habsburgo, sino que también crearía el Ejército Rojo.

En este Congreso tuvo su último choque con Plejánov. Se dirigían fríamente el uno al otro como "Ciudadanos", no como "Comaradas". Plejánov había llegado al extremo de su actitud belicista, y aun los mencheviques se sentían tan incómodos con sus exabruptos chovinistas que se mantenían aleados de él. Pero el Congreso rindió un cálido homenaje a los méritos pasados de Plejánov, sólo para que éste le endilgara un manoseado sermón patriótico. Trotsky se lo reprochó y Plejánov le contestó con altanería, comparándose a sí mismo ora con Danton, ora con Lasalle, y contrastando a los descorazonados y abatidos ejércitos de la Revolución Rusa con los ejércitos de Cromwell y los jacobinos, cuyos "ánimos se vivificaban cuando bebían la savia de la revolución". Mal podía imaginarse el enfermo veterano que su más joven y muy despreciado adversario sería precisamente el llamado a desempeñar el papel de Danton ruso, el llamado a hacer que los ejércitos rusos "bebieran la savia de la revolución".

Durante la mayor parte de los trabajos del Congreso, la mayoría trató con desdén a los bolcheviques y sus aliados. Cuando Tsereteli, defendiendo al gobierno de coalición, desafió a los delegados a que dijeran si había en Rusia un solo partido dispuesto a hacerse cargo él solo de las responsabilidades del gobierno, Lenin lo interrumpió desde su banca para decirle que su partido estaba dispuesto a ello. La mayoría ahogó las palabras de Lenin con sus carcajadas. Los delegados de las provincias no estaban enterados de que en Petrogrado la influencia de la oposición crecía ya como un alud. Lenin deseaba impresionarlos y mostrarles que Petrogrado exigía el fin de la coalición y la formación de un gobierno socialista, es decir, de un gobierno formado sólo por los socialistas moderados. Pese a su declaración desde la banca, que era una declaración de principio, no de finalidad inmediata, Lenin no se proponía aún el derrocamiento del gobierno. Menos aún abogaba por una coalición entre los socialistas moderados y

<sup>37</sup> Ibid., p. 354.

<sup>38</sup> Ibid., pp. 356 sigs.

su propio partido. Mientras los bolcheviques fueron una minoría en los Soviets, instó a sus seguidores a que no jugaran a tomar el poder, sino a que "les explicaran pacientemente su actitud a las masas", hasta que obtuvieran la mayoría. Este era el meollo de su constitucionalismo soviético. Mientras tanto, la consigna de los bolcheviques no era "¡Abajo el gobierno!", sino "¡Abajo los diez ministros capitalistas!" Pasando por alto las aprensiones que existían en su propio Comité Central, Lenin preparó con gran secreto una gran manifestación de masas bajo esta consigna para el 10 de junio. Trotsky, desechando los temores de sus amigos, indujo a la Organización Interdistrital a unirse a la manifestación. Pero el 9 de junio, cuando *Pravda* hizo un llamamiento público a los obreros y a la guarnición, el Ejecutivo del Congreso prohibió la manifestación.

Ni Lenin ni Trotsky deseaban desafiar la prohibición. Decidieron acatar la decisión de la mayoría, cancelar la manifestación y explicar su actitud en un manifiesto especial. Aquél fue un momento de ansiedad. ¿Le harían caso los obreros al aviso de cancelación? Y, si así lo hicieren, ¿no interpretarían erróneamente la actitud del Partido? ¿No se enfriaría su voluntad de acción? Lenin redactó una declaración explicatoria, pero como ni sus seguidores ni él mismo quedaron satisfechos con ella, adoptó de buen grado otro texto presentado por Trotsky; y éste fue leído en el Congreso en nombre de toda la oposición. Trotsky, que aún no era miembro del Partido, también redactó para el Comité Central bolchevique un manifiesto sobre el mismo asunto.<sup>39</sup>

El 10 de junio Petrogrado permaneció en calma. Pero los dirigentes de la mayoría del Soviet decidieron convocar otra manifestación de masas para el 18 de junio, esperando convertirla en una manifestación de apoyo a su política. El día señalado, medio millón de obreros y soldados desfilaron frente a la tribuna donde el Congreso se había reunido in corpore. Para desaliento de los socialistas moderados, todos los estandartes en el desfile tenían inscritas consignas bolcheviques: "¡ Abajo los diez ministros capitalistas!", "¡Abajo la guerra!" y "¡Todo el poder a los Soviets!" La manifestación concluyó pacíficamente, sin motines ni choques. Pero por primera vez los partidos antibolcheviques pudieron medir la impresión que la política y las consignas bolcheviques habían causado en las masas.

En este primer período de su actividad – era apenas el segundo mes después de su regreso – la personalidad de Trotsky había adquirido ya un nuevo e inmenso lustre. Lunacharsky escribe que "bajo la influencia del deslumbrante éxito de Trotsky y de la enorme fuerza de su personalidad, muchos de quienes se hallaban cerca de él se inclinaban incluso a ver en Trotsky al primer jefe genuino de la revolución rusa. Uritsky... me dijo en una ocasión, y según parece también a Manuilsky: 'Bueno, la -gran revolución ha llegado, y ya ve usted que, aunque Lenin tiene tanta sabiduría empieza a opacarse junto al genio de Trotsky' ". Esta opinión, añade Lunacharsky, era incorrecta, no porque exagerara las dotes y el poder de Trotsky, sino porque el alcance del genio político de Lenin aún no se había revelado. "Es cierto que en este período... Lenin se opacó un poco. No hablaba en público muy a menudo y no escribía mucho. Dirigía principalmente el trabajo de organización en el bando bolchevique, mientras Trotsky tronaba en las asambleas". En 1917, sin embargo, la revolución se hacía tanto en las asambleas como dentro del ámbito más reducido del Partido.<sup>40</sup>

A principios de julio los bolcheviques convocaron el sexto congreso nacional de su partido. Sería en esta ocasión cuando la Organización Interdistrital ingresaría en sus filas. Ya no se hablaba más de cambiar la "etiqueta" del Partido. Durante cierto tiempo la mayoría de la Organización Interdistrital se resistió, y en nombre de ella Yuréniev todavía previno a los

<sup>39</sup> Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXV, pp. 60-61; Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 1, p. 137; y *Lénine*, pp. 66-69.

<sup>40</sup> Lunacharsky, op. cit., pp. 25-28.

miembros contra "los malos hábitos organizativos" de los bolcheviques y contra su propensión a trabajar a través de reducidos conciliábulos secretos. Trotsky encabezó a la minoría que abogaba por realizar la fusión cuanto antes. Argumentó que, con su salida de la zona oscura de la clandestinidad y con el despertar del amplio movimiento popular, los bolcheviques se habían despojado en buena medida de sus viejos hábitos, y que lo que quedaba de éstos sería eliminado más fácilmente en un partido común que trabajara abiertamente. Con la ayuda de Lunacharsky, logró convencer a la mayoría.<sup>41</sup> Pero antes de que se efectuara la fusión, el país se vio sacudido por la crisis de los días de julio.

Esta fue una de esas violentas convulsiones que ocurren inesperadamente en toda revolución, trastornan los planes de todos los dirigentes, aceleran el desarrollo de los acontecimientos y llevan la polarización de las fuerzas hostiles a su límite extremo. La paciencia de la guarnición y de la población obrera se había agotado. Las colas para comprar pan crecían interminablemente. El dinero, cuya circulación era diez veces mayor que la de preguerra, se había devaluado. La especulación era desenfrenada. Las masas veían que desde el comienzo de la revolución las condiciones de su vida diaria habían empeorado, y se sentían defraudadas. Encima de todo ello, el gobierno puso en marcha la costosa ofensiva militar. Pero aún existía una discrepancia entre el estado de ánimo de la capital y el de las provincias. Petrogrado clamaba por un cambio inmediato y por la renuncia del segundo gobierno del príncipe Lvov. En las provincias, sin embargo, el régimen de febrero no estaba en modo alguno desprestigiado.

Trotsky y Lenin, al examinar el equilibrio de fuerzas en el conjunto del país, sabían que todavía no era el momento de pasar al ataque. Pero sus seguidores en la capital, hirviendo de impaciencia, empezaron a ver sus tácticas con desconfianza. Los anarquistas denunciaron la actitud de espera y la falsedad de los bolcheviques, del mismo modo que los bolcheviques habían denunciado las vacilaciones y la falsedad de los mencheviques y los social-revolucionarios. Finalmente, varios regimientos colocaron a la dirección bolchevique frente a un hecho consumado y llamaron a una manifestación armada para el 3 de julio. Los marinos de Kronstadt y los obreros civiles de la capital, incitados por los agitadores bolcheviques de base, respondieron ávidamente al llamado. Como sucede en la mayoría de tales situaciones, cuando una iniciativa política arriesgada surge directamente de la ira impulsiva de las masas, el propósito de la iniciativa no era claro. Quienes llamaban a la manifestación no sabían si su objetivo era derrocar al gobierno o simplemente manifestar en forma pacífica. La dirección bolchevique hizo un intento de cancelar la manifestación, tal como lo había hecho el 10 de junio. Pero esta vez la pasión popular no pudo ser reprimida.<sup>42</sup>

Lenin trató entonces de colocar a su partido a la cabeza del movimiento a fin de mantenerlo dentro de los límites de una manifestación pacífica, cuyo propósito sería el de exhortar una vez más a los socialistas moderados a que formaran su propio gobierno basado en los Soviets. Para apoyar esta demanda enormes multitudes invadieron el centro de la ciudad, llenando las calles, marchando y celebrando asambleas durante dos días y dos noches. Los oradores bolcheviques, entre ellos el propio Lenin, les dirigieron la palabra, atacando a la coalición gobernante pero pidiendo calma y disciplina al mismo tiempo.

La multitud más numerosa y exaltada sitió el Palacio de Táurida, donde el Comité Central Ejecutivo de los Soviets tenía sus oficinas. La multitud envió delegaciones al Palacio para

<sup>41</sup> Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 1, pp. 145-149.

<sup>42</sup> Trotsky, *History of the Russian Revolution*, vol. II, caps. I-III; Zinóviev, *Obras* (ed. rusa), vol. XV p. 41; Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXV, pp. 142-143. Stalin, que participó muy activamente en la fase inicial de los acontecimientos de julio, presentó una versión completa de éstos en el VI Congreso del Partido. Stalin, *Obras* (ed. rusa), vol. III, pp. 156-168. (La versión de Stalin aparece resumida en Isaac Deutscher, *Stalin*, Ediciones ERA, pp. 150-151). Raskólnikov, op. cit., pp. 116 sigs.

declarar que no se dispersarían hasta que los socialistas moderados rompieran su coalición con los "cadetes". Algunos mencheviques y social-revolucionarios estaban convencidos de que Lenin había organizado el espectáculo y se proponía convertirlo en una insurrección armada. Ciertamente era que, para ser los jefes de una insurrección, los bolcheviques se comportaban en forma extraña: arengaban a las masas, refrenándolas y previniéndolas contra la comisión de actos de violencia. Existían, sin embargo, algunas apariencias de acción bolchevique premeditada. Se sabía que militantes bolcheviques habían encabezado la agitación, y los marinos de Kronstadt figuraban de manera prominente en la conmoción.<sup>43</sup> Los socialistas moderados, presas del terror, se vieron aislados en el Palacio sitiado. Pidieron ayuda al cuartel general militar, y como casi toda la guarnición estaba de parte de los bolcheviques fue necesario traer un destacamento de confianza desde el frente. Mientras los mencheviques y los social-revolucionarios aguardaban a ser rescatados, llegó la noticia de que la multitud en la calle había capturado a Chernov, el Ministro de Agricultura, y estaba a punto de lincharlo. Trotsky, que había pasado toda la noche y la mañana en el Palacio, ora razonando con los manifestantes afuera, ora con el Ejecutivo adentro, acudió apresuradamente al lugar de los hechos.

Lo que sucedió a continuación ha sido descrito muchas veces, pero nunca en forma tan vívida como en los *Apuntes sobre la Revolución* de Sujánov:

Hasta donde alcanzaba la vista, la multitud se agitaba furiosa. Alrededor de un automóvil, un grupo de marinos con rostros nada tranquilizadores se comportaban en una forma excepcionalmente ruda. En el asiento posterior del coche estaba sentado Chernov, que evidentemente había perdido el dominio de sí. Todo Kronstadt conocía a Trotsky y parecía confiar en él. Pero la multitud no dio muestras de calmarse cuando Trotsky empezó su discurso. Si en aquel momento se hubiera hecho un disparo provocativo en cualquier lugar cercano, el resultado habría sido un terrible baño de sangre: todos habríamos sido despedazados, incluido Trotsky. Excitado, encontrando sus palabras con dificultad,... Trotsky a duras penas logró ganar la atención de quienes se hallaban más cerca de él. [Comenzó exaltando las virtudes revolucionarias de Kronstadt en una forma que a Sujánov le produjo la impresión de una alabanza indigna.] "Vosotros, rojos de Kronstadt, habéis venido aquí tan pronto supisteis del peligro que amenazaba a la revolución ... ¡Viva el Kronstadt rojo, gloria y orgullo de la revolución!"

Pero la multitud escuchaba a Trotsky con expresión sombría. Y cuando éste trató de hablarles sobre Chernov, la gente que rodeaba el automóvil volvió a enfurecerse.

"Habéis venido aquí a afirmar vuestra voluntad [continuó Trotsky] y a mostrarle al Soviet que la clase obrera no desea ver a la burguesía en el poder. Pero, ¿por qué perjudicar vuestra propia causa? ¿Por qué oscurecer y empañar vuestro historial con la violencia mezquina contra individuos aislados?... Cada uno de vosotros ha dado pruebas de su devoción a la revolución. Cada uno de vosotros está dispuesto a dar su cabeza por la revolución. Eso me consta... Dame la mano, camarada... Dame tu mano, hermano mío..."

Trotsky le tendió la mano a un marino que protestaba violentamente contra sus palabras. El marino empuñaba un rifle con una mano y rechazó con la otra el ademán de Trotsky. Yo pensé que aquel hombre debía de haber escuchado más de una vez a Trotsky en Kronstadt, y

<sup>43</sup> Treinta y cinco años después de los hechos, R. Abramóvich, el dirigente menchevique, escribió: "El sentimiento antibélico empezó a intensificarse febrilmente después de la malhadada ofensiva de junio. La reacción hostil a este intento de revivir una guerra que ya estaba muerta en la mente de las masas fue tan fuerte que mi propia opinión en aquel momento era que, ya desde los días de junio, los bolcheviques habrían podido tomar el poder por medio de su conato de golpe de estado si Lenin y sus compañeros hubiesen mostrado una mayor determinación". (*Sotsialistícheskii Véstnik*, marzo de 1925: "La Tragedia de una Revolución Tardía"). Durante los acontecimientos, sin embargo, y posteriormente, Abramóvich acusó a los bolcheviques de conspirar abiertamente para tomar el poder. Trotsky *History of the Russian Revolution*, vol. II, p. 39.

que ahora estaba verdaderamente bajo la impresión de que Trotsky había traicionado la causa.<sup>44</sup>

Trotsky, por último, desafió a la multitud y pidió que quienes desearan ejercer violencia contra Chernov levantaran la mano. Nadie lo hizo. En medio del silencio, Trotsky tomó a Chernov del brazo y lo condujo, medio desmayado, al interior del Palacio. El rostro del propio Trotsky, cuando regresó con su enemigo rescatado, estaba mortalmente pálido y cubierto de sudor frío.

En diversos puntos de la ciudad tuvieron lugar pequeños disturbios y refriegas, que fácilmente pudieron dar origen a un gran derramamiento de sangre si no hubiese sido por la influencia moderadora de los bolcheviques. A la larga, los manifestantes cedieron al cansancio y su energía decayó. Cuando estaban a punto de dispersarse, llegaron las tropas del frente. Una reacción violenta se produjo de inmediato. Las organizaciones derechistas secretas y semisecretas, que hasta entonces se habían mantenido agazapadas, se echaron a la calle. Después de unos cuantos choques, las multitudes probolcheviques, necesitadas de sueño y descanso, se dispersaron. Precisamente entonces los periódicos publicaron la noticia del colapso de la ofensiva en el frente. Esto atizó el fuego de la reacción antibolchevique. Los partidos de derecha, los generales y las ligas de oficiales culparon a los bolcheviques. Era su agitación, dijeron, lo que había destruido la moral del ejército y preparado la derrota.<sup>45</sup>

Esta sola acusación habría sido suficiente para desencadenar una tormenta sobre la cabeza del partido bolchevique. Pero todavía se le añadió otra, más incendiaria aún. Un periódico derechista popular publicó "documentos" según los cuales Lenin había estado a sueldo del Estado Mayor alemán, y el gobierno dictó órdenes de arresto contra Lenin, Zinóviev y Kámenev. Los documentos podían reconocerse a simple vista como una burda falsificación. El testigo que los presentó, un tal Yermolenko, resultó ser un antiguo delator que actualmente trabajaba para el contraespionaje militar.<sup>46</sup> Pero en el primer momento la acusación causó una impresión devastadora. Las apariencias eran contrarias a Lenin, y por el momento las apariencias eran decisivas. El ciudadano apolítico, desconocedor de la historia y los hábitos de los partidos revolucionarios, se preguntaba: ¿No había regresado Lenin efectivamente a través de Alemania, con el consentimiento del gobierno alemán? ¿No había agitado contra la guerra? ¿No había fomentado la subversión? Era inútil replicar que Lenin había resuelto viajar a través de Alemania sólo después que todas las otras rutas, a través de Francia e Inglaterra, le fueron vedadas, y que muchos de sus adversarios mencheviques habían regresado junto con él, o un poco más tarde, por la misma ruta.<sup>47</sup> Era inútil señalar que Lenin abrigaba la esperanza de que la revolución destruyera a los Hohenzollerns y a los Habsburgos de la

<sup>44</sup> Sujánov, op. cit., vol. IV, pp. 423-425. Véase también V. Chernov, *The Great Russian Revolution*, pp. 422-426. Trotsky sostuvo posteriormente que quienes se apoderaron de Chernov fueron agentes provocadores que no tenían nada que ver con los marinos. (*Obras*, ed. rusa, vol. III, libro 1, pp. 193 sigs.) A juzgar por la evidencia interna, la versión de Sujánov, compartida por Raskólnikov, el dirigente de Kronstadt (op. cit., pp. 128-130), parece más digna de crédito.

<sup>45</sup> Una semana antes de estos sucesos, el 28 de junio, Trotsky escribió en *Vperiod*: "Y si después de tres años de guerra y cuatro meses de revolución no todos los soldados son convencidos por la resolución evasivamente cautelosa del Congreso [de los Soviets, que aprobó la ofensiva] o por la vulgar fanfarronada oratoria de los semiministros semisocialistas, entonces la prensa 'leal' siempre puede recurrir a un expediente bien probado: puede llamar a la "sociedad" a una cruzada contra los socialistas revolucionarios en general y los bolcheviques en particular".

<sup>46</sup> Una narración y un análisis detallados de este asunto aparecerá en mi Vida de Lenin, actualmente en preparación. La versión de Kerensky figura en su *Crucifixion of Liberty*, pp. 285-294, y su refutación en M. N. Pokrovsky, *Oktiábrskaya Revolutsia*, pp. 115-136. Véase también Trotsky, *History*, vol. II, pp. 96-123.

<sup>47</sup> Durante la investigación oficial de los días de julio se comprobó que alrededor de 500 emigrados rusos habían regresado de Suiza a través de Alemania. De éstos, 450 eran antibolcheviques y "social-patriotas". Pakrovsky, op. cit., p. 123.

misma manera que había destruido a los Romanovs. En medio del pánico que siguió a las jornadas de julio se pasaban por alto todas esas sutilezas. Las clases altas estaban llenas de temor y odio a la revolución. Las clases medias se sentían ciegas de desesperación. El Estado Mayor necesitaba una explicación satisfactoria del último desastre militar. Y los socialistas moderados sentían que la tierra se abría bajo sus pies. La necesidad de una cabeza de turco y de un sacrificio propiciatorio era abrumadora.

En medio de esta baraúnda Trotsky se entrevistó con Lenin. "Ahora", dijo éste, "nos fusilarán, primero a uno y luego a otro, ya lo verá usted; es el momento que esperaban".<sup>48</sup> Lenin contaba con la probabilidad de una contrarrevolución victoriosa; creía que los Soviets, castrados por los mencheviques y los social-revolucionarios, habían agotado su papel, y preparaba a su partido para un retorno a la clandestinidad. Después de una breve vacilación, decidió que no se dejaría encarcelar y que en lugar de ello se ocultaría en compañía de Zinóviev. Trotsky veía las cosas con menos pesimismo y la decisión de Lenin le pareció desafortunada. Tal conducta era contraria a sus propios hábitos. Pensaba que Lenin no tenía nada que ocultar; que, por el contrario, lo que le convenía era defenderse ante el público; y que de esa manera le serviría a su causa mejor que emprendiendo la huida, lo cual sólo reforzaría las apariencias adversas a base de las cuales el pueblo podría juzgarlo.<sup>49</sup> Kámenev compartía la opinión de Trotsky y decidió afrontar el encarcelamiento. Pero Lenin se aferró a su decisión. No esperaba un proceso imparcial por parte de un gobierno que le imputaba un cúmulo de acusaciones falsas y hacía circular documentos falsificados en la prensa. La atmósfera estaba cargada de tensión. El partido bolchevique se hallaba virtualmente aislado. *Pravda* había sido clausurada y sus oficinas destrazadas. Los locales bolcheviques en varios distritos habían sido asaltados y destruidos. Nada era más fácil para los matones de la antigua *Ojrana*, que aún se hallaban enquistados en la policía, o para los fanáticos de la contrarrevolución que asesinar a un odiado jefe de la revolución mientras entraba o salía de la cárcel. Lenin estaba demasiado consciente de su importancia para el Partido como para permitirse correr tal riesgo, y, desechando todas las consideraciones convencionales, se ocultó.<sup>50</sup>

En los ataques públicos, el nombre de Trotsky era unido al de Lenin con mucha frecuencia, pero el gobierno no ordenó su detención. Había razones obvias para ello: él no era, nominalmente, miembro del partido bolchevique; las circunstancias de su regreso a Rusia eran tan diferentes de las que habían rodeado el viaje de Lenin que no resultaba fácil ponerle el sambenito de agente alemán; y el incidente con Chernov, el enemigo político al que tan valerosamente había rescatado, estaba todavía en la memoria de todo el mundo. Pero su inmunidad duró poco. Ryech, el periódico de Miliukov, publicó una información en el sentido de que, antes de su salida de Nueva York, Trotsky había recibido 10,000 dólares de los alemanes residentes en Norteamérica, suma destinada a fomentar la agitación derrotista en Rusia. En periódicos menos respetables, el Estado Mayor alemán figuraba como el proveedor del dinero. Trotsky replicó inmediatamente con una Carta Abierta que apareció en el periódico de Gorki y desinfló las revelaciones de Miliukov con gran efecto cómico. Trotsky comentó irónicamente que los alemanes de Norteamérica o el Estado Mayor alemán aparentemente consideraban que el derrocamiento de un régimen en un país enemigo era una empresa sumamente barata, con un costo de sólo 10,000 dólares. Atacó las fuentes de la información,

<sup>48</sup> Trotsky, *Lénine*, p. 69.

<sup>49</sup> Véase la declaración que Trotsky hizo posteriormente en la prisión. *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 1, p. 193 passim; *History*, vol. II, pp. 240-241.

<sup>50</sup> Esta medida incomodó a no pocos seguidores de Lenin. Sólo mucho más tarde, cuando durante la revolución alemana Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht fueron asesinados en circunstancias similares, quedó plenamente justificada la conducta de Lenin ante quienes en un principio la vieron con malos ojos.

diciendo que ésta provenía de Sir George Buchanan, el embajador británico. El embajador negó la acusación, pero ello no impidió que Miliukov alegara haber recibido la información de esa fuente. Entonces Trotsky relató lo que realmente había sucedido antes de su salida de Nueva York: los socialistas rusos, norteamericanos, letones, judíos, finlandeses y germano-americanos organizaron una asamblea de despedida para él y otros tres emigrados rusos que habrían de partir con él. En la asamblea se hizo una colecta que produjo 310 dólares, de los cuales los asistentes germanoamericanos aportaron 100. La suma le fue entregada a Trotsky, quien la repartió por partes iguales entre los emigrados que regresaban a Rusia. La información sobre la asamblea y la colecta fue publicada por periódicos norteamericanos. Trotsky concluyó su réplica con una "confesión" humorística que, según le constaba, lo desprestigiaría más ante el público burgués que la acusación de ser un agente a sueldo del Estado Mayor alemán: nunca en su vida, escribió, había poseído 10,000 dólares juntos, ni siquiera la décima parte de esa suma.<sup>51</sup>

En otra Carta Abierta relató la historia de su amistad y su rompimiento con Parvus, puesto que esa relación también fue esgrimida contra él. Denunció a Alexinsky, el antiguo diputado bolchevique convertido en renegado, como el principal inspirador de la calumnia. Alexinsky, escribió, había sido expulsado por calumniador de todas las organizaciones periodísticas de París, y los mencheviques se habían negado a admitirlo, por razones morales, en el *Soviet* de Petrogrado. ¡Y éste era el hombre al que ahora erigían en custodio de la moralidad patriótica!<sup>52</sup>

Una vez fracasado este intento de involucrar a Trotsky, se iniciaron las intrigas desde el ángulo opuesto. La prensa se llenó de versiones sobre un rompimiento de Trotsky con Lenin, el agente alemán. El 10 de julio, cuatro días después del ocultamiento de Lenin, Trotsky dirigió la siguiente Carta Abierta al Gobierno Provisional:

Ciudadanos Ministros: Entiendo que ustedes han decretado el arresto... de los camaradas Lenin, Zinóviev y Kámenev, pero que la orden de detención no me incluye a mí. Considero por lo tanto necesario llamar la atención de ustedes sobre los siguientes hechos: 1. Yo comparto en principio la actitud de Lenin, Zinóviev y Kámenev, y la he expresado en el periódico *Vperiod* y en todos mis discursos públicos. 2. Mi actitud frente a los sucesos del 3 al 4 de julio fue idéntica a la de los camaradas antes mencionados.<sup>53</sup>

Ofreció una versión de aquellos sucesos y explicó que el hecho de que él no perteneciera a la organización bolchevique se debía a diferencias superadas que ya carecían de toda significación.

Ustedes carecen de razones lógicas para eximirme del efecto del decreto en virtud del cual se han expedido órdenes de arresto contra Lenin, "Zinóviev y Kámenev... Carecen ustedes de razones para dudar de que yo sea un adversario tan irreconciliable de la política general del Gobierno Provisional como los camaradas antes mencionados. Mi exención sólo subraya mejor el carácter contrarrevolucionario e injustificado de la medida que ustedes han tomado contra ellos.<sup>54</sup>

Durante dos o tres días, mientras el terror contra los bolcheviques se hallaba en su fase más intensa, Trotsky no se presentó en el Soviet. Pasaba las noches en casa de Larin, el antiguo menchevique que estaba a punto de unirse a los bolcheviques. Pero después de la publicación de la "Carta Abierta al Gobierno Provisional", Trotsky, lleno de ardor combativo y en actitud

<sup>51</sup> Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 1, pp. 150-154.

<sup>52</sup> *Ibid.*, pp. 155-159.

<sup>53</sup> *Ibid.*, pp. 165-166

<sup>54</sup> *Loc. cit.* Al mismo tiempo Trotsky le escribió una carta a Gorki. Este, que había sido amigo íntimo de Lenin, se comportó (en contraste con Márkov, que defendió a Lenin) en forma un tanto vaga. Trotsky se proponía instarlo a que saliera enérgicamente en defensa de Lenin y recordarle el papel de Zola en el proceso Dreyfus. La carta, que Trotsky no envió, aparece en sus *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro I, pp. 346-347.

desafiante, reapareció en público. Defendió a Lenin y al partido bolchevique en el Soviet, en el Comité Ejecutivo de los Soviets y en el Comité Ejecutivo de los Soviets campesinos. En todas partes habló en medio de una continua gritería. "Lenin", exclamó, "ha luchado por la revolución durante treinta años. Yo he luchado contra la opresión de las masas populares durante veinte años. Nosotros no podemos sino odiar al militarismo alemán. Sólo quien ignore lo que es un revolucionario puede decir otra cosa... No dejéis que nadie en esta sala diga que somos mercenarios alemanes, pues esa es la voz... de la villanía".<sup>55</sup> Advirtió a los mencheviques, que se lavaban las manos en el asunto, que ésta sería su propia perdición. Chernov, el "social-patriota", había sido obligado ya a renunciar a su ministerio por su participación en el movimiento de Zimmerwald. La contrarrevolución había escogido a los bolcheviques como su primer blanco, pero los socialistas moderados serían las próximas víctimas.

Aun en aquellos días de histeria y pánico se le escuchaba con atención y respeto. Sus llamamientos, sin embargo, tenían poco o ningún efecto. Los socialistas moderados sabían que era absurdo acusar a Lenin y Zinóviev de ser agentes alemanes; pero estaban convencidos de que la agitación bolchevique contra la guerra había ido demasiado lejos, y sospechaban que en los días de julio Lenin, y tal vez Lenin y Trotsky, habían intentado tomar el poder; y se negaron a levantar un dedo para rehabilitar a Lenin. Sólo Mártoov defendió el honor de su viejo adversario.<sup>56</sup>

Trotsky permaneció en libertad durante otra quincena. Su desafío había puesto al gobierno en una situación difícil. Este no tenía razones legales para ordenar su arresto, a menos que declarara ilegales los principios que regían al Soviet en general, incluida su mayoría moderada, pues en aquellos principios había enmarcado Trotsky su propia actividad. El gobierno no podía, por otra parte, permitirle que siguiera en libertad para hacer escarnio de su acción contra los bolcheviques. La noche del 23 de julio Trotsky y Lunacharsky fueron arrestados y trasladados a la prisión de Krestí. Sujánov describe la impresión que este hecho causó en Petrogrado. Al día siguiente, el propio Sujánov habló en una asamblea menchevique en el Circo Moderno. "Mi anuncio del arresto de Trotsky y Lunacharsky... fue recibido con tal huracán de indignación que durante casi un cuarto de hora fue imposible continuar la reunión. Se escucharon gritos que pedían que toda la multitud, formada por muchos miles de personas, saliera inmediatamente a la calle y expresara su protesta ante las autoridades. Sólo con dificultad pudo Mártoov reducir el asunto a una improvisada resolución de protesta".<sup>57</sup>

Así, en medio de una revolución en la que sus antiguos amigos y un antiguo discípulo habían ascendido al poder, Trotsky se encontró en la misma cárcel en que lo había recluso el gobierno zarista en 1905. Las condiciones dentro de la prisión eran peores ahora. Las celdas estaban atestadas de presos: las redadas de sospechosos continuaban y numerosos detenidos ingresaban diariamente en el penal. Los delincuentes comunes y los presos políticos eran encerrados juntos, en contraste con el régimen de separación que el zarismo les había permitido disfrutar a los segundos. Todos estaban sometidos a una dieta de hambre. Los criminales, azuzados contra los "agentes alemanes", les robaban la comida a éstos y los golpeaban. Los fiscales, investigadores y carceleros eran los mismos que bajo el zar. El contraste entre las pretensiones de los nuevos gobernantes y el aspecto interno del aparato judicial era notable; y Trotsky, al sufrirlo en carne propia, reflexionó que Lenin no había

<sup>55</sup> Sujánov, op. cit., vol. V, pp. 52, 59-62.

<sup>56</sup> Entre las muchas versiones de los acontecimientos de julio, una alegaba la existencia de un plan para establecer la dictadura de un triunvirato compuesto por Lenin, Trotsky y Lunacharsky. La amplitud del crédito que se le concedió a esta versión puede colegirse del hecho de que aun Sujánov se inclinó a aceptarla *prima facie*. Sujánov, op. cit., vol. IV, p. 511.

<sup>57</sup> *Ibid.*, vol. V, p. 121.

estado tan errado cuando decidió ocultarse. Con todo, en medio de este caos brutal, en el que la vida misma del preso se hallaba algunas veces en peligro, aún había, al igual que bajo el antiguo régimen, margen suficiente para la actividad política y literaria de los reclusos. Con polemistas de la talla de Kámenev, Lunacharsky, Antónov-Ovseienko y Krilenko, los debates políticos florecieron. Entre los prisioneros se encontraban también Dibenko y Raskólnikov, los dirigentes de Kronstadt. Allí se encontró reunida casi la mitad de los protagonistas de la insurrección de octubre y casi todo el primer Comisariado de Guerra bolchevique.

El propio Trotsky empuñó la pluma, y una vez más una catarata de artículos y folletos se desbordó sobre el mundo exterior. Algunos de éstos, incluida una minuciosa descripción de la vida en la cárcel, apareció, bajo el seudónimo de P. Tanas, en los periódicos bolcheviques, y otros en el diario de Gorki. En otra de sus "Cartas Abiertas al Gobierno Provisional", Trotsky ridiculizó los procedimientos legales. Reveló que se le acusaba de haber regresado a Rusia, en unión de Lenin, a través de Alemania y de haber sido miembro del Comité Central bolchevique. Estas acusaciones confirmaban la arbitrariedad y la haragana indolencia del Ministerio Público.<sup>58</sup> No fue, por cierto, sino varias semanas después del arresto de Trotsky cuando la Organización Interdistrital ingresó finalmente en el partido bolchevique y Trotsky pasó a ser miembro del Comité Central bolchevique. Su denuncia de los procedimientos judiciales tuvo el efecto de causar la destitución del fiscal encargado de su caso. Pero los trámites continuaron. "El caso Dreyfus y el caso Beyliss no son nada en comparación con este intento deliberado de asesinato moral", protestó Trotsky ante Zarudny, el Ministro de Justicia que, por una extraña coincidencia, había sido abogado defensor en el juicio contra el Soviet en 1906.<sup>59</sup>

Con el transcurso de las semanas, los acontecimientos tomaron inesperadamente un cariz que era al mismo tiempo más prometedor y más amenazante para los acusados y su causa. La reacción contra la "insurrección" de julio iba ampliándose en un impetuoso movimiento contra todas las instituciones y condiciones que se habían originado en la Revolución de febrero: contra los Soviets, los comités de soldados, los comités agrarios, los comités de fábricas y los organismos similares que consciente e inconscientemente impugnaban la autoridad del viejo aparato administrativo. La reacción golpeó ahora a los socialistas moderados. Los jefes de la derecha sostenían, no sin razón, que los bolcheviques no eran sino los partidarios más consecuentes de un estado de cosas con cuya defensa estaban comprometidos también, en diverso grado, los socialistas moderados.<sup>60</sup> La consigna bolchevique de "¡ Todo el poder a los Soviets!" no perdería vigencia mientras existieran los Soviets; y los mencheviques y los social-revolucionarios estaban interesados en su existencia. Si los bolcheviques hacían todo lo posible por intensificar la oposición del soldado al oficial, los socialistas moderados, portavoces iniciales de esa oposición, tenían cuando menos el interés de impedir que la oficialidad recuperara su antiguo status. Los dirigentes de las clases medias habían abrigado hasta entonces la esperanza de domeñar a la revolución a través de los socialistas moderados; ahora buscaban en torno suyo un dictador militar capaz de sojuzgar o de aplastar a los socialistas moderados al mismo tiempo que a los bolcheviques. Sólo así tenía posibilidad la derecha, que ahora incluía a los antiguos liberales, de poner fin a lo que consideraba el capítulo más vergonzoso de la historia rusa.

Los días de julio habían demostrado que si alguna fuerza quedaba en la Rusia antibolchevique, esa fuerza residía en la oficialidad del ejército. El recuerdo de los dirigentes socialistas moderados, sitiados en el Palacio de Táurida, temblando por sus vidas y suplicando ser rescatados de las multitudes bolcheviques por las tropas leales, no se había olvidado. Con

<sup>58</sup> *Nóvaya Zhizn*, 30 de julio de 1917.

<sup>59</sup> Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 1, p. 203; Raskólnikov, op. cit., pp. 170-179.

<sup>60</sup> Miliukov, op. cit., vol. I, libro 2, pp. 58-72; A. I. Denikin, *Ocherki Russkoi Smuty*, vol. I, libro 2, pp. 232-238.

todo, el mecanismo ilógico del régimen de febrero era tal que la verdadera relación de poder se ocultaba ahora más que nunca tras la fachada del poder político. Inmediatamente después de los días de julio, se formó un segundo gobierno de coalición encabezado por Kerensky como Primer Ministro, en el que los socialistas moderados asumieron la jefatura nominal. En su momento de auge ellos habían sido los socios menores de la coalición, y sólo después que su debilidad quedó tan devastadoramente revelada llegaron a asumir el papel de socios principales, cuando menos en apariencia. Semejante paradoja no podía durar.

Las fuerzas conservadoras y antirrevolucionarias ponían sus esperanzas en el general Kornílov, a quien Kerensky había nombrado Comandante en Jefe. Festejado y aclamado por las clases altas y medias, Kornílov empezó a sentirse y a comportarse como un hombre providencial. Su actitud frente a Kerensky se hizo ambigua y más tarde provocativa. Finalmente, el 24 de agosto, le declaró abiertamente la guerra al gobierno y ordenó a sus tropas que marcharan sobre la capital. Confiado en la victoria, se jactó de antemano de la barrida que iba a darle a la revolución.

Trotsky y sus compañeros en Krestí recibieron las noticias con sentimientos diversos. Kerensky los mantenía tras las rejas, y si Kornílov triunfaba serían entregados como rehenes virtuales a la soldadesca victoriosa. No les cabía duda de que serían asesinados, y eso no era en modo alguno una fantasía de imaginaciones aterrizadas. Pero la situación ofrecía también nuevas esperanzas. Los socialistas moderados no podían salvarse de Kornílov sin la ayuda de los bolcheviques, del mismo modo que en los días de julio no pudieron salvarse de los bolcheviques sin la ayuda de los generales. El propio gobierno no tardó en empezar a repartir fusiles entre los Guardias Rojos, a los que acababa de desarmar. Suplicó a los agitadores bolcheviques – a cuya influencia destructiva le había atribuido todos los desastres militares – que pusieran en juego esa misma influencia entre las tropas de Kornílov y las indujeran a desobedecer y abandonar a sus comandantes. Y, por último, Kerensky les imploró a los marinos de Kronstadt, los villanos de julio, que acudieran a defenderlo.

Una escena de fantasía casi extravagante tuvo lugar en la celda de Trotsky. Los marinos de Kronstadt enviaron una delegación a preguntarle si debían responder al llamado de Kerensky y defender a éste contra Kornílov o si debían tratar de saldar cuentas tanto con Kornílov como con Kerensky. A los marinos más exaltados les atraía más la segunda disyuntiva. Trotsky razonó con ellos, recordándoles cómo en mayo los había defendido en el Soviet y había dicho que si un general contrarrevolucionario trataba de echarle una soga al cuello a la revolución, "los marinos de Kronstadt vendrían a luchar y a morir con nosotros". Ellos debían hacer buena ahora esa promesa y posponer el ajuste de cuentas con Kerensky, que de todos modos no podía tardar mucho. Los marinos aceptaron su consejo. Mientras esto sucedía, el Ministerio Público continuó mecánicamente su tarea. El interrogatorio prosiguió y Trotsky tuvo que contestar preguntas sobre sus relaciones con el Estado Mayor alemán y los bolcheviques. Antónov-Ovseienko y Krilenko, a quienes no les habían formulado cargos al cabo de seis semanas de encarcelamiento, amenazaron con iniciar una huelga de hambre, pero Trotsky trató de disuadirlos. Al fin decidió no tomar parte en la farsa de los interrogatorios. Se negó a contestar las preguntas de los investigadores y expuso sus razones en una carta al Comité Central de los Soviets. Tres días más tarde, el 4 de septiembre, fue puesto en libertad bajo fianza.

De la prisión se trasladó directamente al Instituto Smolny para participar en una sesión del Comité de Lucha contra la Contrarrevolución, que había sido formado, con la aprobación de Kerensky, por el Soviet. Este organismo había de ser el prototipo del Comité Militar Revolucionario que encabezó la insurrección de octubre.

Kornílov no fue derrotado por la fuerza de las armas, sino por la agitación bolchevique. Sus tropas desertaron sin disparar un tiro. Con la derrota de Kornílov se desencadenó una nueva serie de acontecimientos que condujeron directamente a la insurrección de octubre. Así como la revolución abortada del 3 y el 4 de julio inclinó la balanza a favor de la contrarrevolución, esta contrarrevolución abortada la inclinó mucho más vigorosamente en la dirección opuesta. El segundo gobierno de coalición se vino abajo. Los ministros "cadetes" renunciaron porque no favorecían la acción de Kerensky contra Kornílov. Los ministros socialistas se retiraron porque sospechaban que Kerensky había intrigado previamente con Kornílov contra el Soviet, estimulado las ambiciones de aquél. Durante un mes Kerensky, incapaz de reunificar los fragmentos de la coalición destrozada, gobernó a través de un llamado Directorio, un comité pequeño y muy poco representativo.

En el Soviet, Trotsky y Kámenev pidieron una investigación de los acontecimientos que habían desembocado en la korniloviada y del papel de Kerensky en los hechos preliminares. Con renovada insistencia presionaron a los socialistas moderados para que rompieran finalmente con los "cadetes" muchos de los cuales habían apoyado a Kornílov. Después de la korniloviada, el argumento en favor de un gobierno exclusivamente socialista parecía irrefutable. Cuando los mencheviques y los social-revolucionarios persistieron aún en sus intentos de revivir la coalición, sus seguidores los abandonaron en masa. Al cabo de unos cuantos días la mayoría moderada en el Soviet se desintegró. El 9 de septiembre Trotsky pronunció uno de sus fogosos discursos, exigiendo su propia rehabilitación y la de los jefes bolcheviques. Pidió el informe del gobierno, largamente pospuesto, sobre los sucesos de julio, y presentó una moción en favor de un voto de desconfianza en el Presidium menchevique del Soviet. Para la inmensa sorpresa de todo el mundo, la moción fue aprobada. Por primera vez los bolcheviques obtenían la mayoría de los votos para una proposición suya en el soviet. La revolución había establecido un nuevo hito.<sup>61</sup>

Al perder terreno en el Soviet, los mencheviques y sus aliados intentaron agruparse fuera de éste. Convocaron para el 14 de septiembre la llamada Conferencia Democrática. Esta no era en ningún sentido una asamblea electiva. Su composición fue concebida para asegurar de antemano una mayoría antibolchevique. Una abigarrada variedad de delegaciones de diversas instituciones no políticas, como cooperativas y *zemstvos* prerrevolucionarios, habrían de pronunciarse acerca de todas las cuestiones políticas del momento. La paradoja de la situación era tal que, independientemente de lo que hubo de suceder más tarde, en esta fase eran los bolcheviques quienes parecían defender firmemente el principio del gobierno representativo y electivo, en tanto que los socialistas moderados trataban de negar ese principio. Los Soviets, elegidos en las fábricas y los cuarteles, no representaban a la burguesía; pero sí representaban a las clases trabajadoras, al ejército y a sectores importantes del campesinado. Su autoridad y su atractivo popular se debían en parte a la ausencia de cualesquiera instituciones parlamentarias verdaderamente nacionales. Esto podría hacer pensar que los partidos antibolcheviques estaban vitalmente interesados en la creación de tales instituciones. Sin embargo, los gobiernos de coalición posponían una y otra vez las prometidas elecciones a la Asamblea Constituyente, y los bolcheviques clamaban por dichas elecciones. Ellos mismos no tenían aún una idea bien definida de las futuras relaciones entre una Asamblea Constituyente y los Soviets. No preveían que, al investir a los Soviets de todo el poder, harían imposible una Asamblea Constituyente, y que ellos mismos la convocarían sólo para disolverla. Los

<sup>61</sup> En la misma sesión, Trotsky propuso la elección de un nuevo Presidium a base de la representación proporcional. Esto movió a Lenin a comentar airadamente que si los mencheviques y los social-revolucionarios no habían adoptado la representación proporcional cuando estaban en mayoría, ¿por qué habrían los bolcheviques de concederles ese privilegio? Sin embargo, el gesto conciliador de Trotsky fue rechazado también por los mencheviques, quienes se negaron a sentarse junto a los bolcheviques en el Presidium.

socialistas moderados, por su parte, acataban las repetidas posposiciones de las elecciones para satisfacer los deseos de los "cadetes", quienes temían que una votación nacional en aquellos momentos produjera una legislatura demasiado radical.<sup>62</sup> Mientras tanto, los socialistas moderados trataron de crear el sustituto de un Parlamento bajo la forma de la Conferencia Democrática y del llamado pre-Parlamento que nació de ella.

La Conferencia ofreció un espectáculo de desbarajuste en los grupos gobernantes. Los socialistas moderados expresaron amargas recriminaciones contra los "cadetes". Los propios partidarios de Kerensky manifestaron abiertamente la desconfianza que este les inspiraba, diciendo que el papel de Kerensky en la korniloviada había sido ambiguo y que él había tratado de colocarse por encima de los partidos que lo habían instalado en el gobierno, a fin de instaurar su régimen personal. Kerensky intentó refutar esas acusaciones y persuadir a la Conferencia de la necesidad de revivir la coalición gubernamental. Pero su intervención fue tan grotescamente melodramática que desalentó a sus amigos y no alcanzó ninguno de sus objetivos. Fue en esta ocasión cuando Trotsky apareció por primera vez como el principal portavoz bolchevique. El cronista menchevique de la revolución describe con las siguientes palabras la impresión que produjo su discurso:<sup>63</sup>

Aquél fue sin duda alguna uno de los discursos más brillantes de este asombroso orador, y no puedo reprimir el deseo de adornar las páginas de mi libro con una reproducción casi completa de su magnífica alocución. Si en el futuro mi libro encontrare un lector, como hoy los encuentra el poco imaginativo libro de Lamartine, que ese lector juzgue por esta página el arte oratorio y el pensamiento político de nuestros días. Llegará a la conclusión de que la humanidad no ha vivido en vano este último siglo y medio, y de que los héroes de nuestra revolución dejan muy atrás a los famosos dirigentes de 1789.

El público reunido en el Teatro Alexandrinsky se sintió electrizado al escuchar el solo nombre de Trotsky... Trotsky se había preparado bien. De pie en el escenario, a unos cuantos pasos detrás de él, alcancé a ver sobre el atril que tenía por delante una hoja de papel llena de renglones apretados con frases subrayadas, notas al calce y flechas dibujadas con lápiz azul... Trotsky habló muy llanamente, sin ningún arte retórico (aunque él puede elevarse a las alturas de ese arte cuando le es necesario), sin ademanes y sin trucos. Esta vez conversó con el auditorio, adelantándose en ocasiones uno o dos pasos y apoyando entonces el codo sobre el atril. La claridad metálica de la enunciación y la tersura de la frase, tan características de Trotsky, estuvieron ausentes en esta oportunidad.

No es necesario resumir este discurso, que reprodujo los lineamientos principales de la política bolchevique. Bastará mencionar unos cuantos puntos que ejemplifican el estilo polémico de Trotsky. "Camaradas y ciudadanos", comenzó éste en tono muy tranquilo, "los ministros socialistas acaban de hablarles a ustedes. Se supone que los ministros comparecen ante organismos representativos para rendir cuentas de su labor. Nuestros ministros han preferido darnos consejos en lugar de rendirnos cuentas. Agradecemos los consejos, pero todavía exigimos la rendición de cuentas. No consejos, sino cuentas, ciudadanos ministros", repitió el orador en tono muy sosegado, dando ligeros golpecitos sobre el púlpito. Resumiendo el debate anterior, observó que ni un solo orador había defendido a Kerensky, de suerte que el Primer Ministro quedaba condenado por sus propios compañeros y seguidores. Esto golpeó al bando contrario en su punto más vulnerable, y un colérico tumulto se produjo entre el público. Una de las cuestiones más acaloradamente discutidas era un decreto que restablecía la pena de muerte. "¡ Podréis maldecirme si alguna vez firmo una sentencia de muerte!", exclamó Kerensky, deseoso de apaciguar a sus propios partidarios resentidos. A esto replicó Trotsky: "Si la pena de muerte es necesaria, ¿cómo puede Kerensky comprometerse a no hacer uso de

<sup>62</sup> Miliukov, op. cit., vol. I, libro 2, pp. 91-92.

<sup>63</sup> Sujánov, op. cit., vol. V, pp. 125-126. Véase también Chernov, op. cit. pp. 306-307.

ella? Si piensa que puede comprometerse ante toda la opinión democrática y decir que no aplicará la pena de muerte, entonces yo les digo a ustedes que él está convirtiendo el restablecimiento de la pena de muerte en un acto de irresponsabilidad que trasciende los límites de lo criminal”.

Los partidarios de la coalición habían dicho que no debía culparse a todo el partido ”cadete” por la korniloviada, y que los bolcheviques que protestaron cuando su partido fue denunciado como responsable de los sucesos de julio deberían ser los últimos en culpar a los ”cadetes” en masa. ”En esa comparación”, replicó Trotsky, ”hay una pequeña inexactitud. Cuando los bolcheviques fueron acusados de... haber preparado o provocado el movimiento del 3 al 5 de julio, ustedes no los estaban invitando a formar parte del gobierno; donde se les estaba invitando era a la prisión de Krestí. Hay cierta diferencia aquí, camaradas... Nosotros decimos: si en relación con la korniloviada ustedes quieren arrastrar a los ”cadetes” a la cárcel, entonces, por favor, no actúen indiscriminadamente. ¡ Examinen el caso de cada ”cadete” individualmente, examínenlo desde todos los ángulos posibles!” El auditorio hostil rompió en carcajadas, y aun los ministros y los dirigentes más pomposos que se encontraban en el estrado no pudieron reprimir la risa. Pero esta nota jocosa fue silenciada rápidamente por otra de grave seriedad. Trotsky abogó por que los Guardias Rojos fueran armados. ”¿Para qué? ¿Para qué?”, se oyó gritar desde las bancas mencheviques. ”En primer lugar, para que podamos construir un auténtico baluarte contra la contrarrevolución”, contestó Trotsky, ”contra una nueva y más poderosa korniloviada. En segundo lugar, si la democracia revolucionaria establece un gobierno de genuina dictadura, si ese nuevo gobierno ofrece una paz honrosa y esa oferta es rechazada, entonces, y esto se lo digo a ustedes en nombre de nuestro partido..., los obreros armados de Petrogrado y de toda Rusia defenderán la patria de la revolución contra las tropas del imperialismo con un heroísmo nunca antes visto en la historia de Rusia”. Concluyó denunciando el carácter no representativo de la Conferencia, y encabezó a la delegación bolchevique que abandonó el recinto.<sup>64</sup>

Aun después de este éxodo, la Conferencia no logró colmar las esperanzas de Kerensky. Terminó, como había empezado, en medio de la confusión. Una pequeña mayoría votó en favor de la coalición, pero enseguida una sólida mayoría se pronunció enfáticamente en contra de cualquier entendido con los ”cadetes”, que eran los únicos elementos disponibles para formar una coalición. Cuando Kerensky, pasando por alto la opinión de su propio pseudo-Parlamento, estableció el 21 de septiembre un nuevo gobierno con los ”cadetes”, éste careció de base popular desde el primer momento. El tiempo de vida que Trotsky y Lenin hubieron de concederle fue un mes.

En los Soviets, los bolcheviques aumentaron su fuerza sin interrupción. A comienzos de septiembre tenían mayoría en Petrogrado, Moscú y otras ciudades industriales, y confiaban en surgir como el Partido dominante en el próximo Congreso nacional de los Soviets. El organismo llamado a convocar el Congreso era el Comité Central Ejecutivo de los Soviets, que había sido elegido en junio y aún estaba controlado por los socialistas moderados. Estos hicieron todo lo posible por posponer lo que para ellos era un salto en el vacío, y los bolcheviques, por supuesto, presionaron en favor de una convocatoria a corto plazo. Trotsky razonó con los dirigentes moderados y los amenazó: ”No jueguen con este Congreso. Los Soviets locales, los de Petrogrado y Moscú en primer término, lo exigen; y si ustedes no lo convocan de manera constitucional, será convocado de manera revolucionaria”.<sup>65</sup>

El 23 de septiembre el Soviet de Petrogrado eligió a Trotsky como Presidente. Cuando éste subió al estrado, ”se desató una ovación tempestuosa... ¡todo cambiaba en el Soviet!” En

<sup>64</sup> Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 1, pp. 287-293.

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 320.

contraste con la descorazonada asamblea de los días de julio, "éste era ahora una vez más un ejército revolucionario... Esta era ahora la guardia de Trotsky, dispuesta a una sola señal de su parte a tomar por asalto a la coalición, el Palacio de Invierno y todas las fortalezas de la burguesía... Lo único que quedaba por decidir era adónde la conduciría Trotsky".<sup>66</sup> En su alocución presidencial, éste recordó el año de 1905, y expresó la esperanza de que en esta ocasión conduciría al Soviet a un destino diferente. Hizo una promesa solemne y enfática, sobre la que los acontecimientos posteriores habrían de proyectar una sombra melancólica: "Todos nosotros somos hombres de partido, y más de una vez entraremos en conflicto. Pero dirigiremos el trabajo del Soviet de Petrogrado con un espíritu de legalidad y de plena libertad para todos los partidos. La mano del Presidium nunca se prestará a la supresión de una minoría".<sup>67</sup> En nombre del nuevo Soviet hizo el primer llamamiento a la segunda revolución, exigiendo la renuncia de Kerensky y el traspaso del poder gubernamental al Congreso de los Soviets. Rebatía a los mencheviques y a los social-revolucionarios con la energía de siempre, pero sin rencor, sin asomo del anhelo de venganza que cabía esperar en el dirigente de un partido tan recientemente proscrito.<sup>68</sup>

Pese a las objeciones de Lenin, todos los partidos quedaron representados en el nuevo Presidium del Soviet en proporción a su fuerza.<sup>69</sup> ¿Fue este despliegue de escrupuloso respeto a las derechos de la minoría sólo una estratagema táctica, concebida para distraer la vigilancia de la minoría? No parece haber sido así. Sujánov relata que tres años más tarde, después que los bolcheviques ilegalizaron a todos los partidos de la oposición, él le recordó a Trotsky su promesa de no prestarse a la supresión de ninguna minoría. Trotsky guardó silencio, reflexionó unos momentos y después dijo con nostalgia: "Aquellos fueron buenos tiempos".<sup>70</sup> Lo fueron, en verdad. La revolución todavía tomaba en serio su propia promesa de que se ampliaría y convertiría en realidad las libertades que la democracia burguesa sólo ofrecía o concedía con mezquindad.

Trotsky ahora se refería a sí mismo en público, sin inhibiciones, como bolchevique. Aceptó la etiqueta que durante tanto tiempo había considerado como algo apenas poco mejor que un desdoro. Mientras se hallaba encarcelado había sido elegido miembro del Comité Central del Partido. Durante las siete semanas que transcurrieron entre su liberación y la insurrección de octubre, su nombre no sólo se identificó con el bolchevismo, sino que para el mundo exterior vino a simbolizar las aspiraciones del bolchevismo en forma más vigorosa aún que el de Lenin, quien se había alejado de la atención pública.<sup>71</sup> Esas semanas estuvieron tan cargadas de historia que expulsaron de las mentes de los hombres los sucesos de meses y años anteriores. La contienda de Trotsky con Lenin durante casi quince años parecía insignificante en comparación con las cosas que él hacía ahora en quince minutos para bien del partido bolchevique. Con todo, en los círculos íntimos del Partido había hombres cuyos recuerdos de las disputas pasadas nada podía borrar. Ellos vieron su rápido ascenso en el Partido con resentimiento bien disimulado. Tenían que reconocer el orgulloso coraje con que él había defendido a su Partido en la reciente adversidad, cuando aún no militaba en sus filas. Y no podían negar que en ausencia de Lenin ninguno de ellos podía hablar en nombre del Partido con la firmeza, claridad y autoridad de Trotsky, y que ni siquiera Lenin podía actuar como su portavoz con brillantez comparable.

<sup>66</sup> Sujánov, op. cit., vol. VI, pp. 188 sigs.

<sup>67</sup> Loc. cit.

<sup>68</sup> Ibid., p. 194.

<sup>69</sup> Incluso a un grupo como el de Gorki, demasiado pequeño para reclamar representación, se le concedieron varias curules en el Presidium.

<sup>70</sup> Sujánov, op. cit., vol. VI, p. 190.

<sup>71</sup> Jacques Sadoul, que más tarde sería un stalinista ardiente, escribió entonces: "Trotsky domina la insurrección, siendo su alma de acero, mientras Lenin queda más bien como su teórico". Notes sur la Révolution, p. 76.

El ascendiente de Trotsky en el Partido era, por lo tanto, indiscutido. Pero basta echar una ojeada a las actas del Comité Central para advertir los sentimientos que alentaban bajo la superficie. Anteriormente, aquel mismo año, Lenin había tratado en vano de convencer a sus colegas de la conveniencia de darle a Trotsky un puesto prominente en la dirección de la prensa bolchevique. En fecha tan avanzada como el 4 de agosto el Comité Central eligió una junta de redacción suprema para los periódicos bolcheviques. La junta estaba compuesta por Stalin, Sokólnikov y Miliutin. Una proposición de que Trotsky, una vez excarcelado, ingresara en la junta, fue rechazada por once votos contra diez.<sup>72</sup> El 6 de septiembre, sin embargo, dos días después de su liberación, cuando se presentó por primera vez en el Comité Central, fue nombrado sin objeción como uno de los redactores principales del Partido.<sup>73</sup> El Comité Central estaba formado entonces por veintiún miembros regulares y ocho suplentes. Algunos de ellos habían sido figuras bien conocidas en las colonias de emigrados, y algunos otros procedían de la Organización Interdistrital. Otros, como Miliutin, Noguín, Ríkov, Svérdlov, Stalin y Shaumián, eran hombres de comité del interior del país, que no habían conocido casi ninguna vida fuera de su austero partido clandestino, que se consideraban a sí mismos como los verdaderos topos de la revolución y veían con instintiva desconfianza a los antiguos emigrados, especialmente al más orgulloso, vivaz y elocuente de todos. Pero este antagonismo se mantenía sumido casi en la profundidad del subconsciente.

En el Comité Central, Trotsky se comportó en un principio con la discreción y el tacto de un recién llegado. El día de su primera aparición allí salieron a la luz diferencias entre los viejos bolcheviques que se relacionaban directamente con la actitud fundamental del Partido. Estas fueron las primeras manifestaciones de la gran controversia acerca de la insurrección: desde su refugio, Lenin acababa de plantear el problema ante el Comité Central. Zinóviev, que se hallaba oculto junto con Lenin, ya le había pedido autorización al Comité para actuar públicamente y desligarse de Lenin. El Comité había negado el permiso, pero se sentía preocupado por el prolongado ocultamiento de sus dos dirigentes y autorizó a Kámenev a negociar con los socialistas moderados un arreglo que les permitiera a ambos volver a la actividad pública. Durante este preludio de la controversia sobre la insurrección y durante algún tiempo más, Trotsky dijo poco o nada, aun cuando tenía sus opiniones bien formadas.

Lenin espoleaba ya a su partido a la insurrección. En sus cartas al Comité Central se refería al cambio de actitud de los Soviets, a la creciente oleada de revueltas campesinas y a la impaciencia del ejército, para insistir en que el Partido debía pasar inmediatamente de las declaraciones y promesas revolucionarias a la acción armada. Estaba seguro de que si el Partido aprovechaba la oportunidad, ganaría el apoyo de una inmensa mayoría del pueblo. Pero la historia sólo ofrecía una oportunidad fugaz: si los bolcheviques la desperdiciaban, otro Kornílov no tardaría en pronunciarse y en aplastar a los Soviets y a la revolución. En vista de ese peligro, escribía Lenin, ningún escrúpulo constitucional ni siquiera los escrúpulos del constitucionalismo soviético, merecían atención. El Partido debía llevar a cabo la insurrección en su propio nombre y bajo su propia responsabilidad. Esta no tendría que iniciarse necesariamente en Petrogrado: podía empezar en Moscú o aun en Finlandia, y desde allí los movimientos insurgentes confluían más tarde sobre la capital.<sup>74</sup> El 15 de septiembre el Comité Central discutió esas proposiciones por primera vez. Kámenev hizo constar categóricamente su oposición y pidió al Comité que previniera a todas las organizaciones contra cualquier acción de tipo insurreccional. El Comité no aceptó ni el consejo de Kámenev ni las proposiciones de Lenin.<sup>75</sup>

<sup>72</sup> *Protokoly Tsentrálnogo Komiteta*, p. 5.

<sup>73</sup> *Ibid.*, p. 56.

<sup>74</sup> Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXVI, pp. 1-9.

<sup>75</sup> *Protokoly Tsen. Kom.*, p. 65.

Mientras tanto Trotsky abordaba el problema desde su nueva posición privilegiada de Presidente del Soviet de Petrogrado. Convenía con Lenin en cuanto a las posibilidades y la urgencia de la insurrección, pero difería de él en cuanto al método, especialmente en lo referente a la idea de que el Partido llevara a cabo la insurrección en su propio nombre y bajo su propia responsabilidad. El tomaba menos en serio que Lenin la amenaza de una contrarrevolución inmediata.<sup>76</sup> A diferencia de Lenin, confiaba en que la presión de la mayoría bolchevique en los Soviets no le permitiría al viejo Comité Central Ejecutivo posponer durante mucho tiempo el Congreso nacional de los Soviets. Y razonaba que, puesto que los bolcheviques habían llevado a cabo toda su agitación bajo la consigna de "Todo el poder a los Soviets", deberían llevar a cabo el levantamiento en tal forma que todos lo vieran como la conclusión directa de esa agitación. La fecha del levantamiento debería fijarse para un poco antes o para el mismo momento de la reunión del Congreso, en cuyas manos los insurgentes pondrían entonces el poder conquistado. Deseaba, además, que la insurrección fuera realizada en nombre del Soviet de Petrogrado y a través de su aparato, todos cuyos resortes estaban ahora en manos de los bolcheviques y bajo la dirección personal del propio Trotsky. El levantamiento aparecería entonces ante el mundo no como la obra de un solo partido, sino como una empresa mucho más amplia.<sup>77</sup>

Sería erróneo ver en esta diferencia cualquier conflicto de principios y deducir de ella que, mientras Trotsky deseaba conquistar el poder para los Soviets, Lenin se proponía poner el poder en manos de su partido exclusivamente.

Ambos eran, en cierto sentido, constitucionalistas soviéticos. Lenin también favorecía la idea de que los insurgentes convocaran un Congreso de los Soviets de Toda Rusia y pusieran el poder en sus manos. Se negaba a esperar a que el Congreso fuera convocado porque estaba convencido de que el Ejecutivo menchevique pospondría el Congreso hasta las calendas griegas, de suerte que la insurrección nunca tuviera lugar y quedara frustrada por una contrarrevolución previa. Pero él también veía al Congreso de los Soviets como la fuente constitucional del poder. Trotsky, por su parte, daba por sentado que los bolcheviques, que constituían una mayoría en el Soviet, serían en realidad el partido gobernante. Ni el uno ni el otro veía en esta fase ningún conflicto entre la constitucionalidad soviética y una dictadura bolchevique, del mismo modo que, *mutatis mutandis*, ningún demócrata británico ve conflicto alguno entre el régimen parlamentario y el sistema ministerial basado en el partido de la mayoría.

La diferencia entre Lenin y Trotsky se centraba en un problema mucho más reducido, a saber, si el levantamiento mismo debía concebirse en términos de la constitucionalidad soviética. El riesgo táctico inherente en la actitud de Trotsky era que ésta le imponía ciertas dilaciones a todo el plan de acción. La desventaja política del enfoque de Lenin consistía en que tendía a reducir la amplitud popular de la insurrección. Lenin concentraba su atención exclusivamente en la meta que se proponía alcanzar. Trotsky le prestaba más atención a su contexto político, a los estados de ánimo de las masas y a la necesidad de ganarse a los elementos vacilantes, que podrían responder al llamado del Soviet pero no al del Partido. El hombre que vivía oculto tenía ante sus ojos las realidades desnudas y alterables del poder. El otro pesaba, además, los imponderables morales y políticos, y lo hacía con la seguridad que infunde el hallarse en el centro de los acontecimientos y dominarlos.

Esta diferencia era incidental respecto a la controversia principal entre los partidarios y los adversarios de la insurrección. Zinóviev y Kámenev sostenían que Lenin y Trotsky estaban lanzando al Partido y a la revolución a una aventura suicida. Esta fue una de las discusiones

<sup>76</sup> Esta diferencia se remonta a los días de julio. Raskólnikov, op. cit., p. 171; Trotsky, *History*, vol. II, pp. 315-319.

<sup>77</sup> Trotsky, *History*, vol. III, caps. V y VI.

más grandes y conmovedoras que jamás hayan desgarrado a un partido, y cuyos pros y contras fundamentales habrían de reaparecer, en diferentes combinaciones, en innumerables controversias futuras; una discusión acerca de la cual, independientemente de su conclusión inmediata, la historia tal vez no ha dicho aún su última palabra. Después de los hechos, es fácil y natural decir que los partidarios de la insurrección estaban en lo cierto y que sus adversarios estaban equivocados. En rigor de verdad, cada bando presentó su caso en tal forma que los aciertos y los errores se hallaban extrañamente mezclados y la valoración realista de las perspectivas se veía contrarrestada por errores portentosos. Lenin y Trotsky compulsaban la situación nacional de Rusia y el equilibrio de fuerzas dentro del país con clara y penetrante visión. Percibían la ilusión que había en la apariencia de fuerza que le confería al régimen de Kerensky el simple hecho de su existencia; y fundaban su optimismo en cuanto al resultado de la insurrección en un análisis casi matemáticamente exacto de las fuerzas que se enfrentaban. Contra este optimismo, Zinóviev y Kámenev hicieron constar esta advertencia: "Ante la historia, ante el proletariado internacional, ante la revolución rusa y la clase obrera rusa, no tenemos derecho a arriesgar todo el futuro jugando la carta de un levantamiento armado... Hay situaciones históricas en que una clase oprimida debe reconocer que es mejor avanzar hacia la derrota que rendirse sin presentar batalla. ¿ Se halla la clase obrera rusa actualmente en tal situación? ¡¡¡No y mil veces no!!!"<sup>78</sup> Zinóviev y Kámenev no veían por delante más que el desastre, y durante el resto de sus trágicas vidas se sintieron arder de vergüenza cada vez que les recordaron esas palabras. Pero los partidarios del levantamiento, en primer término Lenin y Trotsky, no basaban sus argumentos ni exclusiva ni principalmente en su opinión sobre el equilibrio de fuerzas dentro de Rusia. Con más énfasis aún señalaban la inminencia de la revolución europea, de la que la insurrección rusa sería el preludio, como venía sosteniendo Trotsky desde 1905-6. En la moción que Lenin presentó ante el Comité Central el 10 de octubre, concedió el primer lugar entre los motivos de la insurrección a "la posición internacional de la revolución rusa (la rebelión en la Marina alemana, que es una manifestación extrema del incremento en toda Europa de la revolución socialista mundial)".<sup>79</sup> En casi todas sus declaraciones subsiguientes, públicas y privadas, repitió eso. "La maduración e inevitabilidad de la revolución socialista mundial no puede ponerse en duda".<sup>80</sup> "Nos hallamos en el umbral de la revolución proletaria mundial".<sup>81</sup> "Seríamos verdaderos traidores a la Internacional", escribió en una carta a los miembros del Partido, "si, en tal momento, bajo tales condiciones propicias, contestáramos al llamado de los revolucionarios alemanes [es decir, a la rebelión en la Marina alemana] sólo con resoluciones verbales".<sup>82</sup> "La situación internacional", sostuvo en otra ocasión, "nos ofrece una serie de hechos objetivos que demuestran que si actuamos ahora tendremos de nuestro lado a toda la Europa proletaria".<sup>83</sup> Esta creencia regía no sólo toda la apreciación de la situación de Trotsky, sino también la de Lenin, y éste insistía en que un gobierno soviético debería estar preparado para librar una guerra revolucionaria con el fin de ayudar al proletariado alemán en su levantamiento.

Zinóviev y Kámenev, por su parte, decían: "Si llegáramos a la conclusión... de que es necesario librar una guerra revolucionaria, las masas de soldados huirían de nosotros". Esta fue una prefiguración exacta de los acontecimientos que condujeron a la paz de Brest-Litovsk. "Y así llegamos", continuaban, "a la segunda afirmación: que la mayoría del proletariado internacional está ya, según se dice, con nosotros. Desgraciadamente, eso no es cierto. La

<sup>78</sup> *Protokoly Tsen. Kom.*, pp. 102-108. La versión inglesa de esta declaración aparece en Lenin, *Collected Works*, vol. XXI, libro 2, pp. 328-332.

<sup>79</sup> Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXVI, p. 162.

<sup>80</sup> *Ibid.*, p. 21.

<sup>81</sup> *Ibid.*, p. 55.

<sup>82</sup> *Ibid.*, pp. 154-155.

<sup>83</sup> *Ibid.*, p. 164.

rebelión en la Marina alemana tiene una inmensa significación sintomática... Pero hay un gran trecho de eso a cualquier tipo de apoyo activo a la revolución proletaria en Rusia, que es un desafío a todo el mundo burgués. Es sumamente perjudicial sobrestimar [nuestras] fuerzas”.

Así, quienes eran realistas consumados cuando resumían la situación rusa, se volvían ilusos cuando contemplaban el más amplio panorama internacional; y quienes sólo veían a Rusia a través de una bruma de tímido escepticismo venían a ser entonces los realistas. Sin duda, los partidarios de la insurrección encarnaban la energía y el valor indomable de la revolución, en tanto que sus adversarios expresaban la apocada desconfianza de la revolución en sus propias fuerzas. Con todo, cabe preguntarnos si Lenin y Trotsky habrían obrado como obraron, o si habrían obrado con la misma determinación, de haber tenido una visión más sobria de la revolución internacional y de haber previsto que durante décadas enteras su ejemplo no sería seguido en ningún otro país. Una pregunta especulativa como ésta no tiene respuesta. El hecho era que toda la dinámica de la historia rusa los impulsaba a ellos, a su partido y a su país, hacia esta revolución, y que ellos necesitaban una esperanza en escala mundial de consumir tal hazaña transformadora del mundo. La historia produjo la gran ilusión y la sembró y cultivó en los cerebros de los dirigentes más sobriamente realistas cuando necesitó la fuerza motivadora de la ilusión para propiciar su propia obra. De la misma manera había inspirado una vez, en los dirigentes de la Revolución Francesa, la certeza de la inminencia de una república universal de los pueblos.

Mientras la controversia no se resolvió en el Comité Central, el Partido quedó naturalmente privado de iniciativa. A fines de septiembre, Kerensky inauguró el pre-Parlamento, el nuevo sustituto de una asamblea electiva. Los bolcheviques tuvieron que decidir si participaban o no. El problema estaba relacionado con el de la insurrección. Los adversarios del levantamiento y los vacilantes se manifestaron en favor de la participación: deseaban que el partido bolchevique actuara en el pre-Parlamento como una oposición ordinaria, pese al hecho de que aquel organismo no podía pretender ser una representación nacional. Los partidarios de la insurrección sostenían que ya había pasado el momento de que su partido actuara como oposición; de lo contrario no habrían contemplado el derrocamiento inmediato del gobierno existente. Alegaban que mientras los bolcheviques fueron una minoría en los Soviets, sólo pudieron exhortar a la mayoría moderada a traspasar todo el poder a los Soviets, puesto que ellos mismos no podían efectuar el traspaso; pero, habiéndose convertido en mayoría, tenían que efectuarlo para no aparecer como simples habladores. Con su presencia en el pre-Parlamento, no harían más que darle a éste la apariencia de un verdadero Parlamento y desviar su propia energía de la acción directa.

En este debate, Trotsky y Stalin, que por primera vez aparecían juntos, hablaron al unísono en favor de un boicot al pre-Parlamento. Kámenev y Ríkov abogaron por la participación. Los delegados bolcheviques, que habían llegado de todas partes del país para asistir a la inauguración del pre-Parlamento, votaron por mayoría en favor de la participación. Lenin presionó para lograr una reconsideración de esa actitud. En una carta al Comité Central, escribió: ”Trotsky ha hablado en favor del boicot. ¡Bravo, camarada Trotsky! El boicot ha sido derrotado dentro del grupo de delegados bolcheviques ... Nosotros seguimos favoreciendo el boicot”.<sup>84</sup> El incidente vino a demostrar que el Partido no se hallaba todavía mentalmente en condiciones de encabezar una insurrección.

Fue con evidente sensación de alivio que Lenin pergeñó las palabras: ”Trotsky ha hablado en favor del boicot. ¡Bravo, camarada Trotsky!” Lenin observaba la actitud de Trotsky en lo tocante a la insurrección con preocupación y aun con suspicacia. Se preguntaba si, al insistir en que el levantamiento estuviera vinculado con el Congreso de los Soviets, Trotsky no

---

<sup>84</sup> Ibid., p. 37.

estaría dándose tiempo y posponiendo la acción hasta que fuera demasiado tarde. Si ése hubiese sido el caso, entonces Trotsky habría sido, desde el punto de vista de Lenin, un adversario más peligroso aún que Kámenev y Zinóviev, cuya actitud tenía cuando menos el mérito negativo de ser inequívoca y de contradecir claramente toda la tendencia de la política bolchevique. La actitud de Trotsky, por el contrario, parecía derivarse de la política del Partido y en consecuencia era más convincente para los bolcheviques. De hecho, el Comité Central se inclinaba a adoptarla. En sus cartas, Lenin impugnaba algunas veces la concepción de Trotsky en términos casi tan vigorosos como los que usaba para rebatir la de Zinóviev y Kámenev, pero sin mencionar a Trotsky por su nombre. Posponer el levantamiento hasta que se reuniera el Congreso de los Soviets, escribió, era tan desleal como esperar a que Kerensky convocara la Asamblea Constituyente, como proponían Zinóviev y Kámenev.

Mucho tiempo después Trotsky disculpó la conducta de Lenin: "De no haber sido", escribió, "por esa ansiedad leninista, por esa presión, esa crítica y esa tensa y apasionada desconfianza revolucionaria, el Partido tal vez no habría podido consolidar su frente en el momento decisivo, porque la resistencia de arriba era muy fuerte..."<sup>85</sup> Podría añadirse que era natural que "la tema y apasionada desconfianza revolucionaria" de Lenin incluyera al propio Trotsky, el amante de las palabras y los gestos, la "campana hueca" y el "Balalaikin" de tiempos pasados, el antiguo secuaz de los mencheviques, que tan recientemente se había hecho bolchevique y que ahora, en virtud de la fortuita circunstancia de la ausencia de Lenin, se hallaba a la cabeza del Partido. Ciertamente era que se había comportado con impresionante valor y dignidad en los días de julio; pero Lenin nunca había dudado del valor personal y de la dignidad de Trotsky, ni siquiera en los días de sus disputas más enconadas. Mártof también había defendido valientemente a Lenin en julio. Pero una cosa era defender a un camarada, incluso a un adversario, calumniado por los contrarrevolucionarios, y otra muy distinta era dirigir una revolución. ¿Estaría Trotsky a la altura de esa tarea? ¿Sabría cuándo pasar de los discursos tonantes a los hechos? Hasta el momento del levantamiento, y aun mientras éste tenía lugar, la duda acosó la mente de Lenin.

Mientras tanto, Trotsky trabajaba en los preparativos de la insurrección. Lo hacía con tanta sutileza psicológica y perspicacia táctica que, aun cuando actuaba en todo momento a plena luz, ni los amigos ni los enemigos podían saber a ciencia cierta qué se proponía. No trató de imponer desde afuera un esquema insurreccional al desarrollo de los acontecimientos. Puso en práctica la insurrección a partir de las situaciones a medida que éstas se presentaban. Así podía justificar cada paso que daba en razón de alguna necesidad urgente, y en cierto sentido real, del momento, que ostensiblemente no tenía nada que ver con la insurrección. Todo lo que hacía tenía aspecto de inocencia, y aunque sus actos estaban relacionados entre sí como parte de un mismo designio, la relación también estaba perfectamente disfrazada. Ni uno solo de los bien adiestrados observadores políticos y militares que seguían los acontecimientos por cuenta del gobierno, el Estado Mayor, las embajadas aliadas y las misiones militares, logró ver lo que había detrás de las apariencias. Y hasta Lenin se confundió en parte.

A comienzos de octubre la crisis había alcanzado un nuevo clímax. El caos económico iba en ascenso. El aprovisionamiento de las ciudades se paralizó. En numerosas regiones del país los campesinos se apoderaban de las propiedades de los terratenientes e incendiaban las mansiones. El ejército sufría nuevas derrotas. La flota alemana se mantenía activa en el Golfo de Finlandia. Por un momento el propio Petrogrado pareció estar expuesto al ataque alemán. Los órganos del gobierno y los círculos militares y comerciales empezaron a pensar en la evacuación de la ciudad y en el traslado del gobierno a Moscú. Tuvo lugar un trastocamiento de actitudes, al que pueden encontrarse analogías en los anales de la guerra y la revolución.

<sup>85</sup> Véase *Uroki Oktiabriá*, en *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 2, pp. xlviii-xlix.

Algunos de quienes anhelaban una contrarrevolución, pero eran demasiado débiles para ponerla en marcha, dieron en contemplar con placer, pese a su habitual profesión de patriotismo, la posibilidad de que un ejército invasor les hiciera el trabajo. Rodzianko, el ex-Presidente de la Duma, fue lo suficientemente imprudente como para declarar en público que se regocijaría si el ejército alemán restableciera la ley y el orden en Petrogrado. El desaliento cundió en la clase obrera y en el Soviet "derrotista". El 6 de octubre, en presencia de los delegados de todos los regimientos acantonados en la capital, Trotsky se dirigió a la sección de soldados del Soviet y presentó la siguiente resolución: "Si el Gobierno Provisional es incapaz de defender a Petrogrado, debe optar entonces por firmar la paz o por darle paso a otro gobierno. El traslado del gobierno a Moscú sería una deserción de un puesto de combate responsable".<sup>86</sup> La resolución fue aprobada sin un solo voto en contra. La guarnición hizo constar su interés en organizar la defensa de la ciudad, de ser necesario sin el gobierno e incluso en contra de éste.

Al día siguiente Trotsky dio la voz de alarma desde la tribuna del pre-Parlamento: "La idea de entregar la capital revolucionaria a las tropas alemanas", dijo, "es un eslabón natural en una política general concebida para fomentar... la conspiración contrarrevolucionaria".<sup>87</sup> Un alud de insultos se desató sobre el orador, pero ésta fue la última vez que él habló en el pre-Parlamento: por insistencia de Lenin, el Partido había decidido por fin boicotear a la asamblea. Sobreponiéndose al tumulto, Trotsky anunció el éxodo bolchevique: "Con este gobierno de traición al pueblo y con este Consejo de connivencia contrarrevolucionaria, nosotros no tenemos nada en común... Al retirarnos del Consejo, llamamos a los obreros, soldados y campesinos de toda Rusia a que se mantengan en actitud de alerta y sean valientes. ¡Petrogrado está en peligro! ¡ La revolución está en peligro! ¡ El pueblo está en peligro!" Desde ese momento, casi todos los días, los insurgentes dieron nuevos y largos pasos hacia su meta.

Ambos bandos, Kerensky y su Estado Mayor por una parte, y Trotsky y el Soviet por la otra, se enfrascaron en una serie de maniobras dirigidas a preparar el escenario para la guerra civil; pero ambos alegaban actuar movidos por el interés más amplio de la defensa nacional. Kerensky preparó una redistribución de las tropas, ostensiblemente con la finalidad de reforzar el frente. De lo que se trataba en realidad era de sacar de Petrogrado a los regimientos más revolucionarios, como un preludio al enfrentamiento decisivo con el Soviet. Trotsky tenía que frustrar el plan de Kerensky e impedir la partida de los regimientos probolcheviques. Lo hizo esgrimiendo el argumento de que la reducción de la guarnición expondría a la capital al ataque alemán, lo cual no dejaba de ser cierto. El gobierno, entretanto, había negado que tuviera intenciones de evacuar a Petrogrado. Pero la población ya desconfiaba de sus intenciones, y cuando se supo que Kerensky estaba decidido a redistribuir las tropas, las sospechas se vieron confirmadas y fortalecidas. El 9 de octubre el Soviet se encontró en un estado de agitación extraordinaria. Trotsky exhortó a la sesión plenaria y a sus secciones a que intervinieran en el asunto de la redistribución de las tropas. Puesto que el Soviet había asumido ya la responsabilidad de defender a Petrogrado, no podía contemplar con los brazos cruzados el desmantelamiento de la guarnición. Trotsky todavía no pidió explícitamente que el Soviet vetara el plan de Kerensky: la primera medida que propuso fue que el Soviet investigara cuál era el significado del plan y que se "mantuviera informado" sobre el estado de la guarnición. Implícitamente, sin embargo, planteaba la cuestión de quién habría de tener el mando de la guarnición.<sup>88</sup>

<sup>86</sup> Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 1, p. 321.

<sup>87</sup> *Ibid.*, pp. 321-323.

<sup>88</sup> *Ibid.*, pp. 324 sigs.

El mismo día, el Comité Militar Revolucionario fue creado en una sesión del Ejecutivo del Soviet. Este comité, que posteriormente habría de ser el órgano supremo de la insurrección, sólo pareció asumir entonces, en nombre del Soviet, la responsabilidad de defender a la ciudad. La proposición de crearlo la presentó un tal Lizimir, muchacho de dieciocho años, social-revolucionario de izquierda que no tenía presentimiento alguno de las consecuencias de su acto. Los miembros mencheviques del Ejecutivo se opusieron a la idea, pero, cuando se les indicó que este Comité sería una réplica de un organismo que ellos mismos habían formado en ocasión de la korniloviada, no pudieron objetar con eficacia. En el período menchevique, el Soviet, efectivamente, había vetado en repetidas ocasiones medidas que el gobierno pensaba tomar – la práctica era inherente a la "dualidad de poder" del régimen de febrero –, y estos precedentes, cuando se citaban ahora, desarmaban a la oposición. Trotsky encabezó, ex officio, el Comité Militar Revolucionario. La tarea del Comité consistía en determinar el tamaño de la guarnición que se necesitaba para la defensa de la capital; mantenerse en contacto con los mandos del frente del norte, de la flota del Báltico, de la guarnición finlandesa, etc.; determinar los recursos humanos y las municiones de que se disponía; elaborar un plan de defensa, y mantener la disciplina en la población civil. Entre los miembros del Comité figuraban, además de su juvenil e inocente iniciador, Podvoisky, Antónov-Ovseienko y Lashévich, los futuros comandantes tácticos de la insurrección. El Comité se dividió en siete secciones, que habrían de encargarse de la defensa, los suministros, los enlaces, la información, las milicias obreras, etc. Nuevamente de conformidad con los precedentes, el Comité nombró comisarios para que lo representaran en todos los destacamentos de la guarnición.<sup>89</sup>

Mientras Trotsky, en parte por designio propio y en parte por la presión de grandes acontecimientos y accidentes triviales, forjaba el aparato de la insurrección, el Comité Central del Partido no tomaba aún ninguna decisión. El 3 de octubre escuchó el informe de un emisario de Moscú, Lómov-Appokov, quien habló en favor de la insurrección y exigió que se pusiera fin a la vacilación. "Se resolvió", dice el acta del Comité Central, "no discutir este informe", sino pedirle a Lenin que regresara a Petrogrado y expusiera sus argumentos ante el Comité Central.<sup>90</sup> El 7 de octubre se nombró un Buró encargado de "recoger información sobre la lucha contra la contrarrevolución". Sus miembros eran Trotsky, Svérdlov y Bubnov.<sup>91</sup> No fue sino hasta el 10 de octubre, el día después de la formación del Comité Militar Revolucionario, cuando tuvo lugar la histórica sesión en que Lenin estuvo presente y en la que, después de un serio debate, los dirigentes del Partido decidieron, por diez votos contra dos, llevar a cabo el levantamiento. También en esta sesión se eligió el primer Buró Político – compuesto por Lenin, Zinóviev, Kámenev, Trotsky, Stalin, Sokólnikov y Bubnov – encargado de ofrecer orientación constante al Partido en lo tocante a la insurrección.<sup>92</sup> Pero al día siguiente, Zinóviev y Kámenev apelaron la decisión del Comité Central ante los organismos inferiores del Partido, y éste volvió a caer en la incertidumbre. En todo caso, el Politburó recién elegido era incapaz de ofrecer orientación. Lenin regresó a su refugio en Finlandia. Zinóviev y Kámenev se oponían al levantamiento. Stalin estaba casi completamente absorbido por el trabajo periodístico. Las opiniones de Sokólnikov eran un poco más cautelosas que las de Trotsky. Lenin, sin embargo, desconfiando todavía del plan de Trotsky, exhortó al Partido a asumir él solo la iniciativa de la acción armada. Todos los miembros del Politburó que no se oponían en principio a tal acción preferían que el levantamiento fuera dirigido a través del Soviet.

<sup>89</sup> Véanse las memorias de los participantes publicadas en el tercer aniversario de la insurrección en *Proletárskaya Revolutsia*, núm. 10, 1922.

<sup>90</sup> *Protokoly Tsen. Kom.*, p. 87.

<sup>91</sup> *Ibid.*, p. 94.

<sup>92</sup> *Ibid.*, pp. 98-101.

Durante la semana siguiente, Trotsky, ayudado por los agitadores más eficaces, Lunacharsky, Kolontai y Volodarsky, se dedicó a consolidar las fuerzas de la revolución. El 10 de octubre habló ante una conferencia municipal de comités de fábricas. El 11 y el 12 exhortó a una conferencia de Soviets del norte de Rusia a estar preparados para grandes acontecimientos. "Nuestro gobierno", declaró, "podrá huir de Petrogrado. Pero el pueblo revolucionario no abandonará la ciudad; la defenderá hasta el fin".<sup>93</sup> Al mismo tiempo hacía todo lo posible por obligar al Comité Central Ejecutivo menchevique a que convocara el segundo Congreso de los Soviets. El 13 de octubre, pasando por encima de ese Ejecutivo y en nombre de los Soviets del norte de Rusia, envió un mensaje por radio "A Todos, A Todos, A Todos", llamando a todos los Soviets y al ejército a enviar delegados al Congreso. "En el famoso Circo Moderno", escribe Sujánov, "donde Trotsky, Lunacharsky y Volodarsky ocupaban la tribuna, había colas y muchedumbres interminables, que el enorme anfiteatro no podía albergar... Trotsky, escapando a sus labores en el cuartel general revolucionario, corría del Obujovsky al Trubochnyi, del Putilovski al Baltiisky [los establecimientos industriales más importantes], del Manege a los cuarteles; y parecía que hablaba en todas partes al mismo tiempo. Cada obrero y cada soldado de Petrogrado lo conocía y lo escuchaba. Su influencia en las masas y en los dirigentes era abrumadora. El fue la figura central de aquellos días y el héroe principal de este extraordinario capítulo de la historia".<sup>94</sup>

El 16 de octubre los regimientos de la guarnición declararon que desobedecerían las órdenes de Kerensky y permanecerían en Petrogrado. Este fue, como diría Trotsky más tarde, el levantamiento silencioso que decidió de antemano el resultado de la contienda.<sup>95</sup> Hasta entonces Trotsky se había sentido un tanto preocupado por el riesgo en que había incurrido al vincular la insurrección con el Congreso de los Soviets. Ahora se sintió seguro: Kerensky no podría en un término breve, alterar el equilibrio de fuerzas en su favor. El mismo día, Trotsky firmó una orden a los arsenales para que entregaran 5,000 fusiles a los Guardias Rojos. Esta era una manera de probar si la autoridad del Comité Militar Revolucionario era la que regía a la guarnición. La orden fue cumplida.

Durante este "levantamiento silencioso", el Comité Central se reunió una vez más en presencia de importantes dirigentes bolcheviques locales.<sup>96</sup> Lenin, que había llegado muy bien disfrazado, propuso que la conferencia ratificara la decisión sobre la insurrección y que el Comité Central emitiera inmediatamente un llamado a la acción. El representante del Comité de Petrogrado habló sobre la apatía de las masas, pero declaró que el llamado a la insurrección, si provenía del Soviet y no del Partido, movilizaría a las masas y tendría una acogida favorable. Krilenko, jefe de la sección militar del Partido, de la cual dependía enteramente la ejecución del plan de Lenin, declaró que sólo una minoría de la sección estaba en favor de la insurrección, pero que aun esa minoría deseaba que la iniciativa la tomara el Soviet y no el Partido. Volodarsky se expresó en idéntico sentido. Zinóviev y Kámenev reafirmaron enfáticamente sus objeciones a la acción armada en cualquier forma. Stalin les reprochó su falta de fe en la revolución europea y comentó que mientras los dirigentes del Partido se enfrascaban en discusiones confusas, el Soviet estaba ya "en el camino de la insurrección". Miliutin, en nombre de Moscú, habló con ambigüedad. Sokólnikov sostuvo que el levantamiento debía iniciarse sólo después de la apertura del Congreso de los Soviets. De todas partes se dejaron escuchar voces que hablaban de la apatía y la fatiga de las masas. Lenin recapituló sus argumentos, pero les hizo una concesión a los partidarios del plan de Trotsky al proponer que "el Comité Central y el Soviet señalen oportunamente el momento

<sup>93</sup> Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 2, p. 5.

<sup>94</sup> Sujánov, op. cit., vol. VII, pp. 44, 76.

<sup>95</sup> Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 2, p. 1.

<sup>96</sup> *Protokoly Tsen. Kom.*, pp. 110-125.

adecuado y los métodos prácticos de ataque”.<sup>97</sup> Tentativamente se fijó el 20 de octubre como el día de la acción.

El Comité Central había fijado esta fecha porque era la víspera de la esperada inauguración del Congreso. Sólo quedaban tres o cuatro días para los preparativos. Sin embargo, no bien había ratificado el Comité Central su decisión acerca de la insurrección, Zinóviev y Kámenev hicieron un vigoroso intento de frustrarla. Denunciaron el plan, esta vez no en el seno de la dirección bolchevique, sino en las páginas del periódico de Gorki. Así, por intermedio de los mismos hombres que debían actuar como miembros del Estado Mayor de la insurrección, el mundo exterior recibió una advertencia de lo que estaba a punto de ocurrir. Lenin, arrebatado por la indignación, exigió la inmediata expulsión del Partido de los dos ”esquirolas de la revolución”. Su exigencia cayó en oídos sordos. En el periódico bolchevique, Stalin trató de reconciliar a los adversarios, aunque se trataba de un asunto en el que la reconciliación era imposible: una insurrección se hace o no se hace.<sup>98</sup>

Trotsky utilizó incluso la confusión entre los dirigentes bolcheviques para llevar adelante su plan. El 17 de octubre recibió con bien disimulado alivio la noticia de que el Ejecutivo menchevique había pospuesto una vez más el Congreso de los Soviets por unos días. Esto le daba un poco más de tiempo para los últimos preparativos. Pero el otro bando también podía aprovecharse de la posposición; y las revelaciones de Zinóviev y Kámenev amenazaban con intensificar su vigilancia. El 18 de octubre se le hicieron a Trotsky dos preguntas embarazosas en el Soviet: una acerca de los rumores que corrían acerca de la insurrección, y la otra acerca de su orden a los arsenales para entregar fusiles a los Guardias Rojos. Su respuesta fue una obra maestra de evasiva diplomática: ”Las decisiones del Soviet de Petrogrado son publicadas”, dijo. ”El Soviet es una institución electiva y cada diputado es responsable ante los obreros y los soldados que lo eligieron. Este parlamento revolucionario... no puede ocultarles sus decisiones a los obreros. No ocultamos nada. Yo declaro en nombre del Soviet: no hemos tomado ninguna decisión en cuanto a la acción armada”. Esto era literalmente cierto: el *Soviet* no había tomado ninguna decisión de ese tipo. Como Presidente del Soviet, a Trotsky sólo se le podía exigir que diera explicaciones sobre la labor del Soviet. No estaba obligado en modo alguno a confesar públicamente una decisión tomada por un organismo privado como era el Comité Central del Partido.

Pero Trotsky no se detuvo en esta negativa, que podía haber confundido tanto a los amigos como a los enemigos. Tampoco se ató las manos. ”Si el desarrollo de los acontecimientos”, añadió, ”obliga al Soviet a tomar una decisión sobre la acción armada, entonces los obreros y los soldados responderán a su llamado como un solo hombre”. Admitió que había ordenado la entrega de fusiles a los Guardias Rojos, pero se justificó aduciendo el precedente conocido: el Soviet menchevique había hecho lo mismo. ”El Soviet de Petrogrado”, añadió en tono de desafío, ”continuará organizando y armando a los guardias obreros... Debemos estar preparados. Hemos entrado en un período de lucha agudizada. Debemos estar constantemente preparados para el ataque de la contrarrevolución. Pero al primer intento contrarrevolucionario de destruir el Congreso de los Soviets, al primer intento de ataque contra nosotros, responderemos con un contraataque despiadado que llevaremos hasta sus últimas conse-

<sup>97</sup> Loc. cit. y Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXVI, p. 165. En esta sesión se nombró un ”Centro Militar” compuesto por Svérldov, Stalin, Bubnov, Uritsky y Dzerzhinsky. Este Centro habría de ”formar parte del Comité Militar Revolucionario del Soviet”, es decir, habría de funcionar bajo la dirección de Trotsky. Basándose en su condición de miembro de este ”Centro”, que durante todo el levantamiento nunca actuó como organismo independiente, Stalin y los historiadores stalinistas pretendieron más tarde que Stalin fue el verdadero jefe del levantamiento.

<sup>98</sup> *Protokoly Tsen. Kom.*, pp. 127-129.

cuencias”.<sup>99</sup> Así reforzó la militancia de los insurgentes y de sus amigos mientras ofuscaba a sus enemigos. Con meticuloso cuidado colocó en primer plano el aspecto defensivo de la actividad de los insurgentes y mantuvo en segundo plano el aspecto ofensivo. Kámenev declaró en el acto su plena solidaridad con Trotsky, y Zinóviev hizo lo propio en una carta al director de Rabochi Put. Los dos adversarios del levantamiento esperaban obligar así a su Partido a mantenerse en una actitud estrictamente defensiva y a hacerlo renunciar, indirectamente, a la insurrección. Pero su expresiva declaración de solidaridad con Trotsky tuvo un efecto muy diferente. Los partidos antibolcheviques, al ver que los adversarios conocidos del golpe armado declaraban su solidaridad con Trotsky, supusieron que éste también estaba de acuerdo con ellos. ”Entonces no habrá insurrección”, se consolaron los mencheviques y los social-revolucionarios.

Inmediatamente después de este incidente, Trotsky celebró una reunión secreta con Lenin, la única, según parece, que tuvieron en aquellas semanas. Trotsky no estaba seguro de que Lenin no hubiese malinterpretado su declaración y la apariencia de un acuerdo entre él y Zinóviev y Kámenev, y deseaba disipar cualquier aprensión de Lenin.<sup>100</sup> Pero en este punto sus temores eran infundados. Lenin acababa de escribirle al Comité Central: ”El ardid de Kámenev en la sesión del Soviet de Petrogrado es algo sencillamente mezquino. Resulta que él está totalmente de acuerdo con Trotsky. Pero, ¿es difícil acaso entender que Trotsky no podía ni debía haber dicho más de lo que dijo frente a los enemigos?”<sup>101</sup> En esta reunión, escribió Trotsky más tarde, Lenin se mostró ”más tranquilo y confiado, menos suspicaz, diría yo... De todos modos, una y otra vez movía la cabeza y preguntaba: ‘¿Y no se nos adelantarán? ¿No nos cogerán dormidos?’ Yo sostuve que de entonces en adelante todo se desarrollaría en forma casi automática”.<sup>102</sup>

Lenin no se sentía del todo seguro. El hecho de que su reiterada exigencia de que Zinóviev y Kámenev fueran expulsados inmediatamente no hubiese sido acogida favorablemente por Trotsky y el Comité Central en su conjunto, lo llenaba otra vez de suspicacias. La indiscreción de Zinóviev y Kámenev habría sido considerada como una traición por cualquier partido en circunstancias similares. Lenin, en consecuencia, veía en la medida con que los trataba el Comité Central una señal de la actitud irresoluta de éste en lo tocante a la insurrección.<sup>103</sup>

<sup>99</sup> Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 2, pp. 31-32.

<sup>100</sup> Trotsky, *Lénine*, p. 86.

<sup>101</sup> Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXVI, p. 192.

<sup>102</sup> Trotsky, *Lénine*, loc. cit.

<sup>103</sup> Característico de las relaciones dentro del partido bolchevique en aquel momento es el hecho de que ni una sola voz en el Comité Central apoyó la demanda de Lenin. Kámenev había anunciado por decisión propia su renuncia al Comité. Lenin, sin embargo, exigió su expulsión y la de Zinóviev como un castigo ejemplar no a su disensión, sino a la inaudita violación de la disciplina que ambos habían cometido. Las actas de la sesión del Comité Central del 20 de octubre son un documento revelador. Dzerzhinsky expresó la opinión de que convenía aconsejarle a Kámenev que se retirara de la actividad política, pero no abogó por la expulsión. No valía la pena, añadió, preocuparse por Zinóviev, que en todo caso estaba oculto. Stalin y Miliutin aconsejaron posponer el asunto hasta que tuviera lugar una sesión plenaria del Comité Central. Stalin había defendido, en el periódico del Partido, los motivos de Zinóviev y Kámenev, y él mismo fue censurado entonces. Uritsky se manifestó en favor de posponer el asunto. Svérdlov habló duramente contra Kámenev, pero sostuvo que el Comité Central no tenía derecho a expulsar a nadie. Trotsky dijo que se debía aceptar la renuncia de Kámenev, pero sin expulsarlo, y atacó la posición periodística de Stalin, diciendo que la actitud ambigua del periódico del Partido creaba ”una situación intolerable”. Yoffe se expresó en forma similar. Stalin defendió nuevamente a Zinóviev y Kámenev, diciendo que debían permanecer en el Comité Central: ”La expulsión del Partido no remedia nada; la unidad debe preservarse”. La renuncia de Kámenev fue aceptada por cinco votos contra tres. Entonces Stalin anunció su renuncia como director del periódico, pero ésta no fue aceptada. Resulta imposible conciliar este episodio y muchos otros con la idea de que la uniformidad monolítica o totalitaria había imperado en el partido bolchevique desde el momento de su creación. *Protokoly Tsen. Kom.*, pp. 127-129.

Los preliminares del levantamiento tocaron a su fin cuando el Soviet dio instrucciones a la guarnición de que sólo obedeciera las órdenes firmadas por el Comité Militar Revolucionario o sus comisarios. El 21 de octubre Trotsky comunicó este acuerdo a una asamblea general de los comités de regimientos, y llamó a los cosacos, la antigua guardia pretoriana de los zares, a defender la revolución. Los comités de regimientos aprobaron la resolución de Trotsky, que declaraba *inter alia*:

Al secundar todas las decisiones políticas del Soviet de Petrogrado, la guarnición declara: el momento de las palabras ha pasado. El país se encuentra al borde del desastre. El ejército exige la paz, los campesinos exigen tierra, los obreros exigen trabajo y pan. El gobierno de coalición está contra el pueblo, es un instrumento en las manos de los enemigos del pueblo. El momento de las palabras ha pasado. El Congreso de los Soviets de Toda Rusia debe tomar el poder en sus manos y conquistar la paz, la tierra y el pan para el pueblo... La guarnición de Petrogrado se compromete solemnemente a poner a la disposición del Congreso de Toda Rusia todas sus fuerzas, hasta el último hombre, para luchar por estas demandas. Contad con nosotros... Estamos en nuestros puestos, resueltos a vencer o morir.<sup>104</sup>

Los acontecimientos demostraron que esta última afirmación era más solemne que verdadera. Los obreros civiles estaban realmente "resueltos a vencer o morir", pero la guarnición apoyaba al Soviet porque confiaba en una victoria fácil sobre Kerensky, victoria que debería acarrear el fin de la guerra. Cualesquiera que hayan sido sus motivos, el hecho fue que la guarnición se puso bajo las órdenes del Soviet.

Esto dio lugar, inevitablemente, a un conflicto entre el mando militar oficial y el Comité Militar Revolucionario. Todavía entonces Trotsky se abstuvo de declarar que el mando militar quedaba supeditado al Comité. Comisarios del Comité fueron agregados al Estado Mayor, con el fin ostensible de coordinar las actividades y eliminar las fricciones; y el mismo día del levantamiento Trotsky hizo circular informes de que las negociaciones se desarrollaban satisfactoriamente.<sup>105</sup> Al mismo tiempo que hacía estos preparativos militares, Trotsky puso en estado de alerta a los Guardias Rojos y a las organizaciones civiles. El 22 de octubre habló ante una concentración de masas en la *Narodni Dom (Casa del Pueblo)*. "En torno mío", describe la escena el testigo presencial que hemos venido citando, "la multitud se encontraba como en estado de éxtasis". Trotsky le pidió que repitiera con él las palabras de un juramento. "Una muchedumbre innumerable levantó sus manos. Trotsky pronunció con fuerza las palabras: 'Que este voto sea vuestro juramento de que con toda vuestra fuerza y voluntad de sacrificio apoyáis al Soviet, que ha asumido la gran responsabilidad de consumir la victoria de la revolución y de darle al pueblo tierra, pan y paz'. La muchedumbre innumerable mantiene sus manos en alto. Está de acuerdo. Hace el juramento... Trotsky ha concluido. Otra persona ocupa la tribuna. Pero no vale la pena esperar y ver más".<sup>106</sup>

La cualidad teatral de las apariciones de Trotsky y la excelsitud casi poética de sus discursos no eran menos efectivas que sus *ruses de guerre* para confundir a los dirigentes antibolcheviques. Estos estaban demasiado acostumbrados a los brillantes fuegos artificiales de su oratoria para sospechar que esta vez el fuego era real. Trotsky les parecía, y no sólo a ellos, demasiado voluble para ser el comandante de una insurrección triunfante. Sin embargo, en esta revolución las palabras, las grandes palabras idealistas, eran de hecho más eficaces que los regimientos y las divisiones, y las diatribas inspiradas hacían las veces de batallas campales. Hasta cierto momento le ahorraron a la revolución la necesidad de librar cualquier

<sup>104</sup> Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 2, p. 37.

<sup>105</sup> Trotsky, *Lénine*, p. 87.

<sup>106</sup> Sujánov, op. cit., vol. VII, p. 91.

clase de batalla. La revolución laboraba principalmente a través de su titánico poder de persuasión, y parecía haber investido con ese poder a una sola persona.

El 23 de octubre el Comité Militar Revolucionario disponía ya de un plan de operaciones detallado. Este estipulaba la rápida ocupación, por destacamentos escogidos, de todas las posiciones estratégicas en la capital. Los enlaces entre el cuartel general insurgente y la guarnición funcionaban a la perfección. Las unidades escogidas aguardaban la señal. Cuando los miembros del Comité Militar Revolucionario inspeccionaron por última vez la disposición de las fuerzas, tuvieron la certeza de que podían derrocar al gobierno con un leve empujón: tan abrumadora era la superioridad de las fuerzas que apoyaban al Soviet. Una sola posición importante era incierta: la fortaleza de Pedro y Pablo sobre el río Neva, cuya guarnición, según los informes, se mantenía leal a Kerensky o cuando menos vacilaba. Antónov-Ovseienko preparó un plan para asaltar la fortaleza, la única operación importante que se esperaba. Trotsky, sin embargo, decidió asaltarla con palabras. En la tarde del día 23, acompañado por un comandante no bolchevique de la guardia del Soviet, penetró en un camión dentro de lo que se suponía era el campo enemigo. Le habló a la guarnición de la fortaleza y la indujo a repetir con él el juramento de lealtad al Soviet.<sup>107</sup>

Todo lo que Trotsky esperaba ahora era una provocación de Kerensky que le permitiera iniciar la insurrección como una operación defensiva. No le cabía ninguna duda de que Kerensky tendría que ofrecer la provocación: él mismo lo había provocado ya bastante para que lo hiciera.<sup>108</sup> Y efectivamente, el día 23, Kerensky intentó descargar un golpe desde el vacío en que se movían él y su gobierno. Clausuró el *Rabochi Put* (*El camino de los Obreros*), nombre bajo el cual venía publicándose *Pravda* desde los días de julio, y ordenó el cierre de su redacción y su imprenta. Una obrera y un tipógrafo corrieron al Comité Militar Revolucionario, diciendo que estaban dispuestos a romper los sellos de clausura y a continuar imprimiendo el periódico si el Comité les proporcionaba una escolta militar adecuada. Esta sugestión, hecha por una joven obrera jadeante, fue como un relámpago en la mente de Trotsky. "Un pedazo de lacre oficial", escribió más tarde, "en la puerta de una redacción bolchevique como medida militar, no era gran cosa. ¡ Pero qué espléndida señal para iniciar la batalla!"<sup>109</sup> Firmó inmediatamente una orden para enviar una compañía de fusileros y unos cuantos pelotones de zapadores a custodiar la redacción y la imprenta bolchevique. La orden fue ejecutada al instante.

Esta fue una jugada tentativa, efectuada en la madrugada del 24 de octubre. A la mañana siguiente los periódicos estaban llenos de informaciones sobre el plan de Kerensky para suprimir el Soviet y el partido bolchevique. El Comité Militar Revolucionario elaboraba los últimos detalles del levantamiento, que, como ya resultaba obvio, no podía posponerse un solo día. El Instituto Smolny, custodiado hasta entonces con despreocupada dejadez, se transformó rápidamente en una fortaleza erizada de cañones y ametralladoras. En las primeras horas de la mañana el Comité Central del Partido se reunió por última vez antes del acontecimiento decisivo. Todos los miembros que se hallaban en Leningrado hicieron acto de presencia, con excepción de Lenin y Zinóviev, que se mantenían ocultos, y de Stalin,

<sup>107</sup> *Proletárskaya Revolutsia*, núm. 10, 1922; Sujánov, op. cit., vol. VII, p. 113.

<sup>108</sup> No cabe duda, sin embargo, de que Kerensky siempre había considerado a los Soviets como una incomodidad de la que había que librarse. Así lo pensó incluso cuando la influencia bolchevique en los Soviets era muy reducida y cuando él mismo le debía su posición enteramente a los Soviets. En fecha tan temprana como el 27 de marzo (9 de abril según el nuevo calendario) Sir George Buchanan anotó en su diario: "Kerensky, con quien tuve una larga conversación ayer, no favorece la idea de tomar medidas enérgicas en el momento presente ni contra el Soviet ni contra la propaganda socialista en el ejército. Al decirle yo que el gobierno nunca sería dueño de la situación mientras permitiera que una organización rival le dictara órdenes, él dijo que el Soviet moriría de muerte natural..." Sir George Buchanan, *My Mission to Russia*, vol. II, p. 11.

<sup>109</sup> Trotsky, *History*, vol. III, p. 205.

inexplicablemente ausente.<sup>110</sup> Kámenev, que había renunciado a su puesto en el Comité para oponerse a la insurrección, se puso a las órdenes de los insurgentes tan pronto se iniciaron las acciones y desplegó una sorprendente iniciativa. Fue él quien propuso, *inter alia*, que ningún miembro del Comité abandonara Smolny durante el día. Por iniciativa de Trotsky, cada miembro fue encargado de una tarea específica en el trabajo de enlace y organización. Dzerzhinsky se mantenía en contacto con los correos y telégrafos; Bubnov con los ferroviarios; Noguín y Lómov con Moscú. Svérdlov debía observar los pasos del Gobierno Provisional, en tanto que Miliutin estaba a cargo del aprovisionamiento de la ciudad. A Kámenev y Berzin se les encomendó la tarea de ganarse a los social-revolucionarios de izquierda, que se estaban separando de su partido. Finalmente, Trotsky propuso que, en caso de que los bolcheviques fueran derrotados en Smolny, el cuartel general de la insurrección debería trasladarse a la fortaleza de Pedro y Pablo, cuya guarnición él acababa de ganarse para la causa.<sup>111</sup>

Mientras esto sucedía, Kerensky habló ante el pre-Parlamento y profirió amenazas tardías. Anunció que había ordenado el enjuiciamiento de todo el Comité Militar Revolucionario, una nueva búsqueda de Lenin, el arresto de Trotsky y los demás dirigentes bolcheviques que gozaban de libertad bajo fianza, y medidas contra los marinos de Kronstadt.<sup>112</sup> Trotsky convocó una sesión extraordinaria del Soviet de . Petrogrado e informó sobre las medidas que acababa de tomar el Comité Militar Revolucionario. Todavía siguió absteniéndose de proclamar el levantamiento:

No tememos asumir la responsabilidad por el mantenimiento del orden revolucionario en la ciudad... Nuestro principio es: Todo el poder a los Soviets... En las próximas sesiones del Congreso de los Soviets de Toda Rusia debe ponerse en vigor este principio. El que esto conduzca a una insurrección o a cualquier otra forma de acción no depende única ni principalmente de los Soviets, sino de quienes, desafiando la voluntad unánime del pueblo, todavía detentan el poder gubernamental. Informó sobre el incidente con el *Rabochi Put* y preguntó: ¿Es esto una insurrección? Tenemos un semigobierno en el que el pueblo no confía y el cual carece de confianza en sí mismo porque está muerto por dentro. Este semigobierno sólo espera a que lo barra la escoba de la historia...

Anunció que había revocado la acción de Kerensky contra los marinos de Kronstadt y le había ordenado al crucero Aurora que se mantuviera en alerta en el Neva:

Mañana se inaugura el Congreso de los Soviets. A la guarnición y el proletariado les corresponde poner a su disposición el poder que han acumulado, un poder que ninguna provocación gubernamental hará zozobrar. A nosotros nos corresponde entregar este poder, íntegro e intacto, al Congreso. Si el gobierno ilusorio hace un intento temerario de revivir su propio cadáver, las masas populares asestarán un contragolpe decisivo. Y el golpe será tanto más poderoso cuanto más fuerte sea el ataque. Si el gobierno trata de usar las veinticuatro o cuarenta y ocho horas que todavía le quedan para agredir a la revolución, nosotros declaramos que la vanguardia de la revolución responderá al ataque con el ataque y al hierro con el acero.<sup>113</sup>

Cuando una delegación del Consejo Municipal se le acercó para preguntarle cuáles eran las intenciones del Soviet, contestó enigmáticamente diciendo que el Soviet estaba preparado

<sup>110</sup> *Protokoly Tsen. Kom.*, pp. 141-143.

<sup>111</sup> Loc. cit., Kámenev propuso que se estableciera un cuartel general de reserva a bordo del crucero Aurora, con cuya tripulación y estación de radio él se mantenía en contacto.

<sup>112</sup> El día antes, el Mayor General Sir Alfred Knox, agregado militar británico, estaba enterado del plan. "Hoy Bagratuni me dijo", reza una anotación en su cuaderno de apuntes, "que Kerensky había decidido arrestar a Trotsky y a los miembros del Comité Militar Revolucionario... Yo le pregunté si éramos lo suficientemente fuertes para llevar a cabo ese plan, y Bagratuni dijo que sí. Podriellov dijo: 'Podemos correr el riesgo' ". *With the Russian Army*, vol. II, p. 705.

<sup>113</sup> Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 2, pp. 51-53.

para coordinar la defensa del orden revolucionario con el Consejo Municipal, y, lleno de confianza, invitó al Consejo a participar en el Comité Militar Revolucionario.

Avanzada la noche, el Ejecutivo menchevique del Soviet convocó una asamblea de los delegados que se habían reunido para asistir al Congreso. Por última vez Dan habló en nombre de la antigua dirección de los Soviets. Previno a los delegados contra el derramamiento de sangre. "Los contrarrevolucionarios sólo esperan a los bolcheviques para empezar las matanzas... Si los bolcheviques se empeñan en desatar su insurrección, la revolución ha terminado... Las masas están debilitadas y agotadas. Se desinteresan de la revolución... Es inadmisibile... que la guarnición de Petrogrado no ejecute las órdenes del Estado Mayor... Todo el poder a los Soviets significa la muerte... No tenemos miedo a las bayonetas... El *Tsik* [antiguo Ejecutivo] defenderá la revolución con su propio cuerpo..."<sup>114</sup> En medio de un gran tumulto y gritos de burla, Dan prometió negociaciones de paz y reforma agraria inmediatas, admitiendo así, sin proponérselo, que los bolcheviques siempre habían tenido razón en sus demandas. ("Rusia", declaró, "no puede permanecer mucho tiempo en guerra".) "¡Demasiado tarde!", le gritaron los delegados.

Trotsky subió entonces a la tribuna, impulsado por una ola de frenéticos aplausos y saludado por toda la sala, que se levantó en medio de un trueno de aclamaciones. Su delgado y puntiagudo rostro, su expresión de maliciosa ironía eran verdaderamente mefistofélicos.

– La táctica de Dan – comenzó diciendo – demuestra claramente que las masas, esas masas pasivas, indiferentes, están a su lado. (*Carcajadas*).

Luego, volviéndose al presidente, con un acento dramático:

– Cuando nosotros hablábamos de dar la tierra a los campesinos, vosotros os oponíais. Hemos dicho a los campesinos: "Si no os la dan, tomadla vosotros mismos". Y los campesinos siguen nuestro consejo. Y ahora venís a proponer lo que nosotros hemos hecho hace seis meses... Llegará tal vez el día en que Dan sostenga que la flor de la revolución tomó parte en el levantamiento de las jornadas del 16 y el 18 de julio... No, la historia de los siete últimos meses demuestra que las masas se han apartado de los mencheviques... Dan os dice que no tenéis derecho a sublevaros. ¡ La insurrección es un derecho de todos los revolucionarios! Cuando las masas oprimidas se rebelan, ejercen un derecho... Si os mantenéis completamente firmes, no habrá guerra civil. Nuestros enemigos capitularán inmediatamente y vosotros ocuparéis el puesto que legítimamente os corresponde: el puesto de dueños de la tierra rusa".<sup>115</sup>

Dan, engañado por la forma vaga en que Trotsky hablaba todavía acerca del levantamiento, y tal vez abrigando también la esperanza de que los bolcheviques no obtendrían una mayoría en el Congreso, se apresuró a informarle a Kerensky que no habría ningún golpe bolchevique y a implorarle que se abstuviera de la acción represiva.<sup>116</sup>

El levantamiento ya estaba en marcha. Trotsky dictó su famosa Orden Número 1: "El Soviet de Petrogrado se encuentra en peligro inminente. Anoche los conspiradores contrarrevolucionarios trataron de llamar a Petrogrado a los Junkers y a los batallones de asalto. Por la presente les ordeno a ustedes que preparen su regimiento para la acción. Esperen nuevas órdenes. Toda dilación y vacilación será considerada como un acto de traición a la revolución". La firmeza de su tono llenó de confianza a los insurgentes. Durante la noche del 24 al 25 de octubre los Guardias Rojos y los regimientos regulares ocuparon con rapidez de relámpago, y casi sin ruido, el Palacio de Táurida, las oficinas de correos y las estaciones del ferrocarril, el Banco nacional, las centrales telefónicas, las plantas de energía eléctrica y otros puntos estratégicos. Si el movimiento que derrocó al zarismo en febrero duró casi una

<sup>114</sup> John Reed, op. cit., p. 80.

<sup>115</sup> Loc. cit.

<sup>116</sup> Kerensky, *Iz Daleka*, pp. 197-198; *Crucifixion of Liberty*, p. 346.

semana, el derrocamiento del gobierno de Kerensky tardó apenas unas horas. En la mañana del 25 de octubre Kerensky había huido ya de la capital en el automóvil de una embajada extranjera. Sus ministros lo esperaban vanamente en el Palacio de Invierno cuando, a mediodía, se encontraron sitiados allí del mismo modo que el gobierno del zar se encontró sitiado durante la última fase de la Revolución de febrero. Sin derramamiento de sangre, los bolcheviques se habían adueñado de la ciudad.<sup>117</sup> A mediodía Trotsky informó al Soviet, que casi no podía creer lo que escuchaba, sobre los nuevos acontecimientos: algunos ministros habían sido arrestados, el pre-Parlamento había sido disuelto; toda la ciudad estaba dominada. El enemigo sólo se sostenía en el Palacio de Invierno, que Antónov-Ovseienko se preparaba a tomar por asalto.

En las primeras horas de la noche del 24, Lenin, todavía disfrazado, llegó a Smolny. Las informaciones periodísticas sobre negociaciones amistosas entre el Estado Mayor y el Comité Militar Revolucionario habían vuelto a despertar su desconfianza. Todavía sospechaba que el levantamiento estaba mal dirigido. Mientras se dirigía cautelosamente desde el suburbio de Viborg, donde se había ocultado durante los últimos días, hasta Smolny, no sabía que la ciudad que atravesaba estaba ya virtualmente en manos de su partido. Bombardeó a Trotsky y a los otros dirigentes con preguntas: ¿Estaban realmente a punto de llegar a un acuerdo con el Estado Mayor? ¿Y por qué estaba la ciudad tan tranquila?<sup>118</sup> Pero cuando escuchó las respuestas, cuando observó el tenso trabajo de dirección en la oficina del Comité Militar Revolucionario, los informes que llegaban incesantemente y las instrucciones que se despachaban, cuando vio a los propios jefes del levantamiento, casi agotados, sin rasurar, sucios, con los ojos inflamados por la falta de sueño, y sin embargo, confiados y tranquilos, comprendió que ellos habían cruzado el Rubicón sin él y su suspicacia se desvaneció. Con cierta timidez y un poco en tono de disculpa comentó que el levantamiento, por supuesto, también podía llevarse a cabo según el criterio de ellos: lo importante era que tuviera éxito.

Se comportó como el comandante en jefe que, observando la batalla decisiva desde lejos y sabiendo que el jefe de las operaciones tiene ideas distintas de las suyas, se inclina a exagerar la importancia de la divergencia y teme que sin su intervención las cosas puedan salir mal; que a continuación corre al campo de batalla cuando la batalla se está librando y entonces, sin asomo de vanidad ofendida, se reconcilia con la forma en que se desarrolla la acción y reconoce el acierto de su subordinado. Aunque Trotsky había tenido la operación a su cargo y la había llevado a cabo completamente de acuerdo con su criterio, la influencia de Lenin fue un factor decisivo del éxito. Trotsky, más que ningún otro hombre, había configurado la mentalidad de las amplias masas de obreros y soldados, de cuya actitud dependía el resultado de la lucha. Pero los insurgentes activos habían venido de los cuadros y de las filas del partido bolchevique, y en ellos Lenin, el fundador y jefe indiscutido del partido, había ejercido aun desde su escondite la influencia superior. Sin sus exhortaciones constantes y obstinadas, sin sus advertencias inquietantes, los insurgentes tal vez no habrían obedecido las órdenes y las instrucciones de Trotsky en la forma en que lo hicieron. Lenin había inculcado en ellos la idea del levantamiento antes de que pusieran en práctica el plan insurreccional de Trotsky. Pero fue sólo al ver la insurrección en marcha cuando Lenin reconoció a Trotsky, finalmente y sin reservas, como su compañero monumental en la acción también monumental.

En las primeras horas de la noche del 25 de octubre los dos hombres se encontraban descansando en el piso de una habitación oscura y desocupada contigua al gran salón de Smolny, donde estaba a punto de inaugurarse el Congreso de los Soviets. La noche anterior

---

<sup>117</sup> El Mayor General Sir Alfred Knox, un testigo sumamente hostil del triunfo bolchevique, estima el número total de bajas, en "unas diez". *With the Russian Army*, vol. II, p. 711.

<sup>118</sup> *Proletárskaya Revolutsia*, núm. 10, 1922.

Trotsky había sufrido un desmayo a causa de la fatiga, y ahora trataba de dormir un poco. Pero le era imposible conciliar el sueño. Las incesantes llamadas telefónicas en el cuarto de al lado lo mantenían despierto. Ayudantes y mensajeros llamaban a la puerta. Un mensaje informó tropiezos en el ataque al Palacio de Invierno, y Trotsky ordenó al crucero *Aurora* que entrara en acción, bombardeando el Palacio con salvas sin munición: eso debería ser suficiente para que el gobierno se rindiera. Volvió a acostarse en el piso junto a Lenin. Hubo fugaces momentos de somnolencia, nuevos mensajes, rápidos cuchicheos fuera de la habitación. Pronto los dos tendrían que pasar al gran salón iluminado para presentarse ante el Congreso. Declararían, por supuesto, que el Congreso era el único depositario del poder, que la tierra pertenecía a los campesinos y que ellos ofrecerían inmediatamente la paz a Rusia y al mundo, y al día siguiente presentarían el nuevo gobierno ante el mundo. A Lenin le parecía incongruente la idea de que él o cualquiera de sus camaradas, revolucionarios profesionales, asumieran títulos de Ministros. Jirones de reminiscencias históricas --reminiscencias, como siempre, de la gran Revolución Francesa -- pasaron por su mente soñolienta: ¿tal vez deberían llamarse a sí mismos *Commissaires*, Comisarios del Pueblo, un Consejo de Comisarios del Pueblo?<sup>119</sup>

El Congreso se inauguró mientras el *Aurora* bombardeaba el Palacio de Invierno... con salvas sin munición. Los bolcheviques solos contaban con casi dos terceras partes de los delegados; con los social-revolucionarios de izquierda disponían de unas tres cuartas partes de los votos. Catorce bolcheviques, siete social-revolucionarios (de izquierda y de derecha), tres mencheviques y un representante del grupo de Gorki ocuparon sus asientos en la mesa del nuevo "Presidium". Los partidos derrotados clamaron en seguida contra el levantamiento y el ataque al Palacio de Invierno. Hablando en nombre del grupo menchevique más irreconciliable, Jinchuk, futuro embajador de Stalin en Berlín, declaró que él y sus compañeros abandonaban el Congreso. Entre gritos de: "¡ Desertores! ¡ Váyanse con Kornílov!", el grupo salió del salón. Los mencheviques de centro y de izquierda se quedaron y exigieron la formación de un gobierno de coalición compuesto por bolcheviques, mencheviques y social-revolucionarios. Cuando los bolcheviques rechazaron esta exigencia, estos grupos también declararon un boicot al Congreso y sus decisiones. Mientras Trotsky contemplaba su éxodo, encabezados por Márto y Abramóvich, es posible que su mente haya recordado la escena en el segundo Congreso del Partido, en 1903, cuando Márto declaró un boicot al Comité Central bolchevique. El mismo había figurado entonces entre los boicoteadores. ¡ Cuán similares, en cierto sentido, parecían estas dos escenas: los protagonistas eran los mismos, los "blandos" y los "duros"; la mayor parte de las recriminaciones de 1903 volvían a resonar como un eco en la declaración que Márto acababa de hacer; incluso las palabras "conspiración", "usurpación" y "estado de sitio" volvían a ser pronunciadas! ¡ Pero cuán diferentes eran la magnitud del espectáculo y la intensidad de la lucha! ¡ Y cuán diferente era la posición del propio Trotsky en ella, después de todos los años de apartamiento y descarrío, al cabo de los cuales había vuelto junto a Lenin!

Cuando Trotsky se levantó para contestarle a Márto, mientras éste se hallaba todavía de pie frente a él en la tribuna, no pudo encontrar en sí ninguna suavidad, ninguna benevolencia, ni siquiera un sentimiento de caridad para el vencido; sólo gravedad, exasperación y colérico desdén. "El levantamiento de las masas populares", comenzó, "no necesita ninguna justificación. Lo que ha ocurrido es una insurrección, no una conspiración. Hemos fortalecido la energía revolucionaria de los obreros y los soldados de Petrogrado. Hemos templado abiertamente la voluntad de las masas para un levantamiento, no para una conspiración..." Políticamente, esto era cierto, aun cuando militarmente la insurrección había sido dirigida en realidad como una conspiración, y no podía haber sido dirigida de otra manera. "Nuestro

<sup>119</sup> Trotsky propuso estos títulos en una sesión del Comité Central al día siguiente. *Mi vida*, tomo II, p. 72.

levantamiento”, continuó, ”ha triunfado. Ahora se nos dice: Renunciad a vuestra victoria, ceded, transigid. ¿Con quién? ¿Con quién, pregunto, habremos de transigir? ¿Con esos insignificantes grupitos que nos han abandonado o con los que nos hacen estas proposiciones? Pero ya los hemos visto en su verdadero tamaño. Nadie los sigue ya en ningún lugar de Rusia. ¿Y es con ellos con quienes los millones de obreros y campesinos... deben llegar a un acuerdo en pie de igualdad?... Vosotros sois individuos despreciables y aislados. Estáis en quiebra. Habéis agotado vuestro papel. Id adonde debéis estar: ¡al basurero de la historia!”<sup>120</sup> Este *Vae Victis!* estalló en los oídos de Márto y sus seguidores mientras abandonaban el salón, entre las filas cerradas de soldados y obreros que les recordaban con indignación todas las fechorías del Gobierno Provisional, el hambre y el desamparo del pueblo, las estúpidas y sangrientas ofensivas, los días de julio, la proscripción de los bolcheviques y el anhelo de tierra de los campesinos. La emoción largamente contenida se desató entre los vencedores.

Némesis se soltó por los salones de Smolny. Y apenas comenzaba su trabajo.

Nunca antes había asumido un grupo de hombres, al conquistar el poder, compromisos tan tremendos como los que contrajeron los jefes del bolchevismo cuando leyeron ante el Congreso sus primeros decretos redactados a toda prisa. Prometieron darle al pueblo Paz, Tierra y Pan. La distancia que separaba a la promesa del cumplimiento era imposible de medir. La paz debería ser justa y democrática. No admitiría anexiones ni reparaciones, ninguno de los agravios y los insultos que los vencedores imponen a los vencidos. Lenin y Trotsky habían dicho una y otra vez que una paz así no podía esperarse de los gobiernos absolutistas, ni siquiera de los gobiernos parlamentarios burgueses; sólo podría lograrse por medio de revoluciones proletarias en los países beligerantes. Sin embargo, los ejércitos de los Hohenzollerns y los Habsburgos ocupaban territorios arrebatados al Imperio ruso; y mientras esos ejércitos no repudiaran a sus emperadores y a sus gobernantes y rechazaran sus rapaces ambiciones, los bolcheviques estaban en cierto sentido obligados a seguir librando la guerra, la guerra revolucionaria por una paz justa. Pero también estaban obligados, y más estrictamente aún en la opinión popular, a lograr una paz *inmediata*, que no podría ser ni justa ni democrática. Esta fue su primera disyuntiva. La solución de la misma habrían de dictárselas los fatigados soldados-campesinos, tanto más ansiosos de convertir sus fusiles en arados cuanto que ahora toda la tierra arable estaba por fin en sus manos. Pero la precaria paz negociada bajo su presión no salvaría a Rusia del largo vía crucis de la intervención extranjera y la guerra civil.

Los bolcheviques repartieron la tierra entre los campesinos o más bien legalizaron el reparto realizado por el propio campesinado. Ningún gran país puede pasar por una revolución agraria de semejante magnitud sin que toda su economía se sacuda y debilite, aun cuando sólo sea temporalmente. Los antiguos vínculos entre la ciudad y el campo se aflojaron o se rompieron; los antiguos canales de intercambio se redujeron y congestionaron; la antigua forma de administrar las instituciones políticas, anticuada e inadecuada, y sin embargo, automática y efectiva a su manera, se hizo imposible. En las circunstancias más favorables, aun sin una guerra civil, habría hecho falta tiempo para crear nuevos vínculos, nuevos canales y una nueva forma de dirigir la vida de la nación. Antes de que eso sucediera, un proceso tan elemental como es el acceso de los alimentos del campo a la ciudad – el prerrequisito de la civilización moderna – estaba condenado a paralizarse. Las demandas de tierra y de pan no eran del todo compatibles. Después de la división de las grandes propiedades rurales, el proletariado urbano dispuso de menos pan, en lugar de más. Para los campesinos, la revolución agraria fue al principio como una bendición: no sólo les dio la tierra, sino que los liberó de la servidumbre y las deudas seculares. Pero para la nación en general la perspectiva

<sup>120</sup> Sujánov, op. cit., vol. VII, pp. 202-204. John Reed, op. cit., p. 100

era menos prometedora. La Rusia rural quedó fragmentada ahora en 25,000,000 de pequeñas propiedades, la mayoría de las cuales eran parvifundios cultivados con aperos antediluvianos. Los dirigentes bolcheviques sabían que, a la larga, esto significaba el estancamiento económico y social. Tenían que estimular y después sancionar el reparto de la tierra, porque ello era preferible al antiguo sistema semifeudal de tenencia, y porque de no haberlo hecho habrían sufrido la misma suerte de sus predecesores en el gobierno. Pero desde el primer momento estaban ampliamente comprometidos a estimular la tenencia colectiva de la tierra, a reagrupar y consolidar los 25,000,000 de pequeñas propiedades en un número relativamente reducido de granjas grandes, modernas y eficientes. No podían decir cuándo, cómo ni por medio de cuáles recursos industriales podrían hacer tal cosa. Sólo sabían que habían acometido una empresa compleja, paradójica y peligrosa: habían hecho una revolución agraria con el propósito deliberado de anularla por medio de otra revolución.

”Pan” significa, para el obrero industrial y el habitante de las ciudades en general, el crecimiento y el desarrollo de la industria. Para el obrero ruso en 1917 también implicaba la eliminación de la propiedad y la dirección privada de la industria. Según la concepción teórica del socialismo, que los jefes de la revolución habían sustentado desde su juventud, la propiedad nacional y en última instancia internacional, y la planificación central de la producción y la distribución, ocupaban un lugar determinante. La industria de Rusia, tal como la encontraron los bolcheviques, aun cuando no hubiese habido una mayor destrucción a causa de la guerra civil, era demasiado pequeña y pobre para servir de base al socialismo. Sólo representaba un punto de partida para la evolución hacia el socialismo. Los bolcheviques, pese a que habían proclamado el propósito socialista de su revolución, difícilmente podían intentar poner inmediatamente a la industria rusa bajo propiedad o dirección pública. No disponían de los recursos, los administradores, los técnicos y la tecnología necesarios. Confiaban en poder buscar sin prisa una solución del problema a través de los aciertos y los errores. En un principio se sintieron tan renuentes a expropiar a los industriales y a los comerciantes como ansiosos se habían sentido de expropiar a los terratenientes.

Pero en el transcurso de 1917 había llegado a prevalecer espontáneamente un estado de cosas bajo el cual los propietarios de las fábricas ya habían sido expropiados más que a medias. Así como en los cuarteles los comités elegidos por los soldados habían privado a los oficiales de toda autoridad y función aun antes de que éstos se arrancaran sus charreteras, también en las fábricas y las minas los comités elegidos por los obreros se habían apropiado la mayor parte de los derechos y privilegios de los propietarios y administradores, aun antes de que éstos fueran expropiados o destituidos. La dualidad de poder que desde febrero hasta octubre había caracterizado el sistema de gobierno de Rusia, caracterizaba también a la industria rusa, aun después de octubre. El instinto popular era una mezcla de anarquismo y socialismo. En parte de manera natural, y en parte debido al caos prevaleciente, este instinto tendía a destruir la coherencia nacional de la industria, sin la cual no podía haber evolución hacia el socialismo. Cada comité de fábrica tendía a convertirse en una comunidad cerrada cuyos actos eran su propia ley. No sólo los capitalistas, sino la misma nación estaba en peligro de perder por expropiación sus recursos industriales.

Tal estado de cosas obligó a actuar a los bolcheviques. El gobierno revolucionario, que había tomado el poder en nombre de la clase obrera, no podía restablecer la autoridad de los antiguos propietarios industriales, aun cuando por razones económicas hubiese deseado hacerlo. Estaba obligado a poner fin a la dualidad de poder en la industria del mismo modo que lo había hecho en las demás esferas: destruyendo el antiguo poder. Sólo después de eso podría esforzarse por superar las tendencias centrífugas en la economía de la nación. La burguesía semiexpropiada, sabiendo que no podía esperar nada bueno de la revolución, no podía dejar de defenderse con los únicos recursos que tenía a su alcance: la resistencia

económica y el sabotaje. Esto a su vez impulsó a los bolcheviques a llevar la expropiación a sus últimas consecuencias. Cuando la lucha económica y política culminó en la guerra civil, todas estas tendencias convergieron en la súbita y prematura nacionalización de toda la industria, decretada en junio de 1918. La revolución era permanente, de acuerdo con la predicción del protagonista de este libro. Con más firmeza que otros bolcheviques, Trotsky había previsto este desarrollo de los acontecimientos. Pero su realización significaba que la Revolución Rusa tendría que construir, desde el principio, sobre cimientos económicos sumamente vacilantes. El resultado fue que, en el transcurso de los años, ora esta parte de la estructura, ora aquella, estaba destinada a derrumbarse sobre la cabeza del pueblo ruso o a ser derribada con la premura que engendra el pánico.

Los bolcheviques, sin embargo, se consideraban capaces de cumplir las tres grandes y sencillas promesas – Paz, Tierra y Pan – a las que debían su victoria. Creían firmemente que los sangrantes y mutilados pueblos de Europa no tardarían en seguir el ejemplo ruso y en ayudar a la revolución rusa a resolver sus tremendos problemas. Rusia ingresaría entonces en la comunidad socialista internacional, dentro de la cual la riqueza y la civilización de Europa occidental contrarrestarían la pobreza y el atraso rusos, del mismo modo que millones de esclarecidos proletarios alemanes, franceses y tal vez británicos también contrarrestarían, si bien no superarían en número, a los millones de muzhiks atrasados. Rusia le había abierto al Occidente el camino de la revolución socialista, y ahora el Occidente remolcaría a Rusia por ese camino, ayudándola a alcanzar las bendiciones de la verdadera civilización. En cada frase pronunciada por los bolcheviques alentaba esta creencia apasionada, casi mesiánica. El deslumbrante resplandor de esta gran visión iluminaba ante sus ojos hasta los aspectos más oscuros del legado que iban tomando en sus manos.

Una esperanza similar alumbraba sus ideas sobre el sistema de gobierno que se proponían establecer. El suyo sería un Estado sin ejército permanente, sin policía y sin burocracia. Por primera vez en la historia, la gestión gubernamental dejaría de ser el secreto y el privilegio profesionales de pequeños grupos de personas colocadas por encima de la sociedad, para convertirse en la preocupación cotidiana del ciudadano ordinario. Después de los días de julio, mientras era perseguido como espía alemán y esperaba ser asesinado en cualquier momento, Lenin escribió *El Estado y la Revolución*, especie de testamento político en el que revivió la semiolvidada idea marxista de la extinción gradual del Estado, la idea de un gobierno que en una sociedad sin clases dejaría de ser gobierno porque "administraría cosas" en lugar de "gobernar hombres", y en consecuencia no tendría que seguir utilizando los instrumentos de coerción (cárceles, tribunales, etc.) . Este era, en verdad, el Estado ideal del futuro, no el Estado ruso de 1917. Pero la república soviética, tal como nació de la revolución, habría de estar directamente relacionada con este ideal. La concepción del Estado de Trotsky estaba menos cristalizada que la de Lenin, aunque ello no le impidió aceptar la idea de Lenin una vez que se familiarizó con ella. En sus ideas sobre la república soviética, que tenían una importancia más inmediata, no existía diferencia entre ellos.

En los Soviets las clases propietarias no estarían representadas: serían privadas del sufragio, como se hace con las antiguas clases gobernantes en cualquier revolución. (Esto no implicaba necesariamente que también deberían ser privadas de la libertad de expresión.) Los Soviets combinarían los poderes legislativo y ejecutivo, y el gobierno sería responsable ante ellos. Los electores tendrían el derecho de revocar y cambiar a sus diputados en cualquier momento, no sólo durante las elecciones periódicas; y los Soviets podían deponer al gobierno en cualquier momento, mediante un voto de desconfianza. La existencia de la oposición y de la ininterrumpida contienda de los partidos dentro de los Soviets se daba por sentada. La idea de que sólo el partido gobernante tuviera derecho a formar opinión pública no entraba todavía en la mente de nadie. La república soviética sería, por supuesto, una "dictadura proletaria". Esto

significaba la preponderancia social y política de la clase obrera; pero los medios a través de los cuales habría de establecerse esta preponderancia no se formularon de antemano. Los bolcheviques, así como los socialistas de otras escuelas, eran propensos a describir las democracias parlamentarias del Occidente como "dictaduras burguesas", en el sentido de que ellas encarnaban la preponderancia social de la burguesía y no de que fueran gobernadas realmente en forma dictatorial. Los bolcheviques, en un principio, describieron su propio sistema de gobierno como una dictadura en ese sentido amplio, confiando con toda sinceridad en que, en comparación con las democracias burguesas, la república de los Soviets daría a la vasta mayoría de la nación más, y no menos, libertad; más, y no menos, libertad de expresión y asociación.

La democracia plebeya de los Soviets no se consideró a sí misma en un principio como un Estado monolítico o totalitario, porque sus jefes estaban convencidos de que la masa del pueblo ruso compartía sus aspiraciones. No se les ocurrió, de momento, considerar qué harían en caso de que esta suposición optimista resultara incorrecta. Dieron por sentado que si ellos entraban en conflicto con la mayoría de la nación, entonces ellos, su partido y su revolución, estarían condenados y todo lo que podrían hacer sería sucumbir con honor. Pero en 1917 este peligro no les parecía más real que la amenaza de una catástrofe cósmica.

¿Cómo veía el pueblo ruso a los bolcheviques y sus objetivos? Apenas un puñado de la población participó directamente en la insurrección de octubre: "apenas más de 25,000 o 30,000, a lo sumo", dice Trotsky.<sup>121</sup> En este sentido, la revolución fue obra de una pequeña minoría, a diferencia de la revolución de febrero, durante la cual la gran energía desbordante y sin dirección de las masas barrió a la monarquía. Pero en la última quincena antes del levantamiento de octubre, en Petrogrado solamente "centenares de miles de obreros y soldados entraron directamente en acción, defensiva en su forma pero agresiva en su esencia."<sup>122</sup> Muchos más facilitaron la victoria bolchevique por medio de su actitud favorable, ya fuera activa o pasiva; y muchos otros hicieron lo mismo adoptando todos los matices posibles de la neutralidad. El segundo Congreso de los Soviets representó a unos 20,000,000 de electores, tal vez un poco menos. De éstos, la gran mayoría votó por los bolcheviques. Incluso en las elecciones a la Asamblea Constituyente, que tuvieron lugar después de la revolución, se emitieron alrededor de 10,000,000 de votos para los bolcheviques solamente sin contar los que obtuvieron sus aliados los social-revolucionarios de izquierda. Estos 10,000,000 incluían el grueso de la clase obrera urbana, elementos proletarizados del campesinado y un sector muy numeroso del ejército, que en todo caso constituían los elementos más enérgicos de la nación, de cuyo apoyo constante y activo dependía la supervivencia de la revolución. Pero el electorado representado por la Asamblea Constituyente era casi dos veces mayor que el representado en los Soviets, y en las elecciones para la Asamblea los bolcheviques sólo obtuvieron una numerosa minoría de los votos.

La Rusia rural, vasta, analfabeta, agitada por la rebelión y sedienta de venganza, no comprendía bien las intrincadas disputas de los partidos urbanos. Sería vano tratar de describir la actitud de esa Rusia en una fórmula exacta: era confusa, cambiante, contradictoria. Nada caracteriza mejor esa actitud que el siguiente episodio descrito por los historiadores: En cierta zona rural un nutrido grupo de campesinos concluyó una asamblea con un juramento religioso en el sentido de que no seguirían esperando por ninguna reforma agraria, que se apoderarían inmediatamente de la tierra y expulsarían a los terratenientes, y que considerarían su enemigo mortal a cualquiera que tratara de disuadirlos. No descansarían, añadieron en su juramento los campesinos, hasta que el gobierno concluyera una paz inmediata y licenciara a sus hijos del

<sup>121</sup> Trotsky, *History of the Russian Revolution*, vol. III, p. 290.

<sup>122</sup> Loc. cit.

ejército y hasta que "ese criminal y espía alemán" llamado Lenin hubiera recibido un castigo ejemplar. En las elecciones a la Asamblea Constituyente, los campesinos como éstos indudablemente votaron en favor de un candidato social-revolucionario. Pero lo hicieron porque atribuían a los social-revolucionarios, el partido que tenía sus raíces en el campo, la firme intención de llevar a cabo el programa que sólo los bolcheviques estaban resueltos a poner en práctica. A ello se debe que cada uno de estos dos partidos, los únicos movimientos amplios que quedaron después de la *débacle* de los "cadetes" y los mencheviques, pudiera alegar, con cierta razón tanto el uno como el otro, que gozaba del apoyo del campesinado. "¿No aborrecen los campesinos a Lenin, el espía alemán?", decía con seguridad el social-revolucionario. Pero, ¿no tienen por enemigos mortales a quienes, como ustedes, retardan la expropiación de los terratenientes y prolongan la guerra?", replicaba en son de triunfo el bolchevique.

El aborrecimiento que muchos campesinos sentían por los bolcheviques se debía al hecho de que éstos eran los enemigos declarados de la propiedad. Este sentimiento, sin embargo, desapareció en buena medida tan pronto como los bolcheviques aparecieron en el campo en calidad de partido gobernante y proclamaron el fin de la guerra y legalizaron o regularizaron el reparto de la tierra. En la guerra civil, los campesinos descubrieron además que, a fin de cuentas, sólo el Ejército Rojo se interponía entre ellos y el regreso de los terratenientes. Como únicos adversarios efectivos de la restauración y como defensores de la revolución agraria, los bolcheviques gozaban en realidad del apoyo de la mayoría abrumadora de la nación. Pero en el campo este apoyo era a menudo renuente, y se transformó en oposición cuando la figura del terrateniente que amenazaba regresar dejó de proyectar su sombra y cuando los escuadrones bolcheviques continuaron recorriendo las aldeas en busca de alimentos. Aun en el momento de mayor popularidad del bolchevismo, sólo la minoría proletaria de las ciudades se identificó plenamente con la causa de la revolución. En esa minoría se apoyaron los bolcheviques en cada situación difícil. A ella le predicaron sus ideales trascendentes. De sus filas sacaron los nuevos administradores, jefes militares y dirigentes políticos. La clase obrera rusa de 1917 fue una de las maravillas de la historia. Numéricamente reducida, joven, inexperta e inculta, era sin embargo, rica en pasión política, generosidad, idealismo y raras cualidades heroicas. Tenía el don de concebir grandes sueños sobre el futuro y de morir con estoicismo en el combate. Con sus pensamientos semianalfabetos abrazó la idea de la república de los filósofos: no su versión platónica en la que una oligarquía de sabios gobierna al rebaño, sino la idea de una república lo suficientemente rica y sabia para hacer de cada ciudadano un filósofo y un obrero. Desde el abismo de su miseria, la clase obrera rusa se propuso construir esa república, que llevaba los estigmas de su pasado. Los jefes de la revolución se dirigían al soñador y al héroe, pero el escalvo les recordaba rudamente su presencia. Durante la guerra civil, y más aún después de ésta, Trotsky se quejó repetidamente en sus discursos militares de que el comunista ruso y el soldado del Ejército Rojo preferían sacrificar su vida antes que limpiar su fusil o lustrar sus botas. Esta paradoja reflejaba la ausencia, en el pueblo ruso, de los innumerables hábitos menores de la vida disciplinada y civilizada en que el socialismo había esperado fundarse. Tal era el material humano con que los bolcheviques se propusieron construir su nuevo Estado, la democracia proletaria en la que "cada cocinero" debería ser capaz de gobernar. Y ésta fue tal vez la más grave de todas las graves contradicciones a que tuvo que enfrentarse la revolución.

La historia les hizo a los jefes bolcheviques una primera advertencia sobre este problema casi inmediatamente después de haberles obsequiado su mejor sonrisa; y lo hizo con esa malévolamente afición al anticlimax que exhibe tan a menudo. La grotesca secuela de la insurrección de octubre, una secuela a la que los historiadores rara vez prestan atención, fue una orgía prodigiosa y verdaderamente elemental de borrachera colectiva con la que el oprimido recién

liberado celebró su victoria. La orgía duró varias semanas y en cierto momento amenazó con paralizar la revolución. La borrachera alcanzó su punto culminante precisamente cuando el nuevo gobierno se enfrentaba al boicot de todos los empleados públicos y a los primeros amagos de la guerra civil, cuando el gobierno carecía de órganos administrativos propios y cuando su suerte dependía completamente de la vigilancia, la disciplina y la energía de sus partidarios. La orgía tuvo también cierta importancia en los acontecimientos que determinaron la paz de Brest-Litovsk, pues durante su transcurso una gran parte del antiguo ejército ruso se disolvió como azúcar en el agua. Los documentos contemporáneos abundan en descripciones de esta extraña saturnalia. Una de las más vívidas se encuentra en las memorias de Antónov-Ovseienko, que en aquel momento era uno de los dos principales Comisarios del Ejército y comandante de la guarnición de Petrogrado:

La guarnición, que empezó a desintegrarse completamente, me causó en lo personal muchas más dificultades que los partidarios de la Asamblea Constituyente... Una orgía desenfadada y sin precedentes se extendió por Petrogrado, y hasta ahora no se ha explicado satisfactoriamente si se debió o no a alguna provocación subrepticia. Ora en un lugar, ora en otro aparecían multitudes de rufianes, soldados en su mayoría, que irrumpían en las bodegas de vinos y a veces saqueaban las vinaterías. Los pocos soldados que habían mantenido la disciplina y los Guardias Rojos quedaban exhaustos tras las largas horas de vigilancia. Las exhortaciones caían en oídos sordos.

Los sótanos del Palacio de Invierno [la antigua residencia del zar] constituían el problema más embarazoso... El regimiento Preobrazhensky, que había mantenido su disciplina hasta entonces, se emborrachó completamente mientras montaba la guardia en el Palacio. El regimiento Pavlovsky, nuestro baluarte revolucionario, tampoco pudo resistir la tentación. Guardias mixtas, escogidas entre diferentes destacamentos, fueron enviadas entonces al Palacio. También se emborracharon. Miembros de los comités de regimientos [es decir, los jefes revolucionarios de la guarnición] fueron encargados de montar la guardia. Ellos también sucumbieron. Los hombres de las brigadas blindadas que recibían órdenes de dispersar a las multitudes se movían durante un rato de un lugar a otro y después empezaban a bambolearse sospechosamente.

Al caer la tarde, las locas bacanales proliferaban. "¡Acabemos con estos remanentes del zarismo!", fue la alegre consigna que se apoderó de la multitud. Tratamos de detenerla tapiando las entradas. La multitud penetró por las ventanas, forzó los barrotes y se echó sobre el vino. Hicimos el intento de inundar los sótanos con agua. Las brigadas de bomberos encargadas de hacerlo también se emborracharon.

Sólo los marinos de Helsingfors lograron hacer inofensivos los sótanos del Palacio de Invierno. Esta fue, a su manera, una lucha titánica. Los marinos se mantuvieron firmes porque se habían juramentado como camaradas: "Muerte al que viole su juramento"; y, aunque ellos mismos eran en otras circunstancias magníficos bebedores, salieron airoso de esta prueba...

Este no fue todavía el fin de la lucha. La ciudad entera había sido infectada por la locura de la borrachera. Por fin el Consejo de Comisarios del Pueblo nombró un comisario especial, le confirió poderes de emergencia y le proporcionó una fuerte escolta. Pero el comisario también resultó poco seguro... Una enconada lucha se libraba entonces en la isla de Vasilevsky. El regimiento finlandés, mandado por hombres de inclinaciones anarcosindicalistas, declaró el estado de sitio en la isla y anunció que dinamitaría las bodegas y fusilaría sin interrogar a los saqueadores. Sólo después de un intenso esfuerzo fue vencida esta demencia alcohólica...<sup>123</sup>

Trotsky habló repetidamente sobre este asunto en el Soviet, la primera vez el 29 de octubre, cuatro días después del levantamiento, y la última el 2 de diciembre. "El vodka es un factor político en igual medida que la palabra", dijo. "La palabra revolucionaria despierta al pueblo y lo mueve a luchar contra sus opresores; el vodka... adormece nuevamente al pueblo..."<sup>124</sup> Trotsky, más que nadie, había apelado al soñador y al héroe que vivía en el obrero y había

<sup>123</sup> Antónov-Ovseienko, *Zapiski o Grazhdánskoi Voiné*, vol. I, pp. 19-20.

<sup>124</sup> Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 2, pp. 139-140.

desplegado ante sus ojos la grandiosa visión del socialismo. Ahora esta visión parecía empañada por los vapores del alcohol. Por último, el Consejo de Comisarios del Pueblo ordenó que las existencias de vino fueran vaciadas en las aguas del Neva.

En el transcurso de la orgía, la gran guarnición de Petrogrado, que había desempeñado un papel tan importante en las revoluciones de febrero y octubre, acabó por desintegrarse y dejar de existir. Después de Petrogrado tocó el turno a las provincias. "El camarada Berzin [un conocido miembro del Comité Central] informa sobre sus grandes dificultades", añade Antónov-Ovseienko en sus memorias. "El también alude a grandes remesas de licores y vinos en los trenes... Escuadrones de soldados asaltan los vagones y se emborrachan. Los destacamentos se desintegran. El saqueo continúa..."<sup>125</sup>

Bajo este grotesco augurio, que parecía hacer mofa de sus elevadas y nobles aspiraciones, inició su primer año la república soviética.

---

<sup>125</sup> Antónov-Ovseienko, op. cit., vol. I, p. 31. Una vívida descripción de la orgía y sus consecuencias tragicómicas por un testigo presencial extranjero y pro-bolchevique se encuentra en Bessie Beatty, *The Red Heart of Russia*, pp. 329-334.